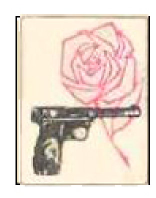


Brigitte

EN ACCIÓN

Lou Carrigan

Jaula de oro para aves exóticas

«Siberia» es un agente doble, que ha vendido numerosos secretos a la CIA y Brigitte es la encargada de «comprar» el que quiere vender ahora en Nápoles, aunque la misión no tiene la suficiente categoría para ella. Pero puede ser que «Siberia» sepa algo de las desapariciones de seis agentes de la CIA que han ocurrido recientemente, por lo que la agente Baby se pone en marcha inmediatamente hacia Nápoles.



Lou Carrigan

Jaula de oro para aves exóticas

Brigitte en acción - 155

ePub r1.0
Titivillus 30-10-2017

Lou Carrigan, 1972
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo I

Pero entonces…, ¿no son amarillos?

—No exactamente —sonrió Brigitte—. Tienen un color pálido un poco desvaído, pero no son amarillos.

Frank Minello soltó un bufido y siguió la broma, poniendo cara de tonto.

—¡Pues vaya con los chinos…! Yo siempre creí que su color era como el de la yema de un huevo.

—Pues no —rió Brigitte—. No es así.

—En tal caso, ¿por qué la gente cuenta ese chiste malo, malísimo, sobre los chinos?

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más audaz, inteligente y peligrosa del mundo sonrió amablemente, Recibir la visita de Frankie Minello no siempre era descansado, pero la distraía. Cosa muy conveniente cuando había estado tres horas seguidas estudiando el chino, idioma por el cual sentía aún más interés desde su regreso de Pekín. Cómodamente sentados los dos en el lujoso salón de su apartamento en la Quinta Avenida, en el famoso «Crystal Building», tomando cóctel de champaña, y mostrando Brigitte el ochenta por ciento de sus encantos debido a la ligereza de su indumentaria hogareña, eran la estampa magnífica de dos formidables amigos departiendo tras un duro día de trabajo.

—Frankie, por favor —suplicó Brigitte—, ¡otra vez ese chiste, no!

—Ah… ¿Ya lo sabes?

—Me lo has contado mil veces. O mil dos, no recuerdo. ¿Más cóctel?

—¡No!

—¿Qué te pasa? ¿No te sientes bien? —se interesó Brigitte.

—Me siento perfectamente, fuerte y guapo como nunca… Pero no me gusta mucho este cóctel.

—¡Vaya! ¿Ahora me sales con ésas? —protestó la divina espía—. Sabes perfectamente que a mí el champán me gusta solo, con una guinda, pero tú has querido que preparase unos cócteles como los que nos obsequiaron los chinos… Lo preparo para complacerte, y ahora tienes la descortesía de…

—¡*Amore mio, perdonami*…! —cantó Minello como si estuviese en el New Metropolitan House—. Y por todos los demonios, vamos a tirar esta porquería y nos echamos al coleto un par de copas de «Perignon» frío, solo, y con una guinda. *¿Okay?*

—*Okay* —rió Brigitte.

—¡La hermosa vida de mi amooooorrrr…! —vociferó Frank Minello, poniéndose en pie.

—¿A dónde vas?

—A la cocina, a por el champán de verdad y a tirar estas porquerías…

—Frankie: como insistas en pellizcar a Peggy tendremos que prohibirte la entrada en esta casa.

—No la pellizco —refunfuñó Minello—. Eso se queda para los viejos verdes. Yo, lo que hago, es besuquearla en cuanto se descuida. El otro día…

Se calló, porque había sonado algo más dulce que su poderosa voz: el carillón que servía de timbre al apartamento.

—Peggy se ha salvado por el gong —rió Brigitte—. Mientras tú vas a la cocina, ella irá a abrir la puerta, así que escapará de tus garras.

—Pues no me hace nada de gracia. En fin… Bueno, puestas así las cosas, llama a Peggy por ese timbrecito tan mono, y yo iré a abrir. Si es alguna visita indeseable, le haré frente mejor que Peggy.

—No hay visitas indeseables en este edificio, Frankie.

—¡Oh!, ya sé… Sólo peligrosas, ¿verdad? Voy a abrir.

Salió del salón, mientras Brigitte pulsaba el timbre de llamada para su doncella, que acudió rápidamente. Se estaba retirando ya, tras atender las instrucciones de Brigitte, cuando reapareció Minello, se puso a un lado de la entrada, fruncido el ceño, y dijo:

—El espía más feo del mundo solicita audiencia de Su Majestad Baby.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, y jefe directo de Brigitte, entró en el salón, hosco el gesto, dirigiendo

una relampagueante mirada de soslayo a Minello. Una mirada fulminante, que hizo reír a Brigitte.

—¡Oh!, tío Charlie… ¿Qué le trae por aquí? —saludó.

—Ahora vende maní a domicilio —dijo Minello; y se echó a reír —. ¡Ay, qué bueno el chiste…! ¡Un espía vendiendo maní a domicilio! ¡Ay, que me mondo!

Pitzer se sentó en el sofá, junto a Brigitte, y masculló:

—Si hubiera sabido que estaba aquí este payaso chiflado, no habría venido.

—Oiga usted, ojos de vampiro, cabeza de cuervo, chupador de sangre de espía…

—Ya, ya, Frankie, por favor —se esforzó Brigitte por no volver a reír—. Deja tranquilo a tío Charlie. ¿Acepta una copita de champán con una guinda, ojos de vampiro… digo tío Charlie?

—¡Ji, ji, ji, ji, ji! —estalló Minello en risas.

—Muy graciosos —enrojeció Pitzer—. ¡Muy graciosos los dos, de veras!

—Y eso que Frankie no le ha contado el chiste… Anda, Frankie, cuéntaselo.

—Con mucho gusto. Bueno, no es un chiste, sino más bien, una adivinanza. Vamos a ver, usted: ¿en qué se basa para decir que el acusado es inocente?

—¿Qué? —Se pasmó Pitzer.

—Ah, no… Eso es otra cosa. Iba a lo de la adivinanza… Sí, ya recuerdo. Pues eso: dígame una cosa que es blanca por fuera y amarilla por dentro… ¿Qué es? Adivina, adivinanza… ¿Qué es?

—Un huevo —masculló Pitzer.

—No señor… ¡Un chino envuelto en una sábana!

Se quedó mirando expectante a Pitzer, que había vuelto a enrojecer. Brigitte reía, y era tal su gracia, su encanto, su belleza, su dulzura; que Charles Alan Pitzer no pudo mantener ni siquiera tres segundos su gesto furibundo.

—Muy bueno el chiste —rió entre dientes—. ¡Je, je! ¡Muy bueno! Sólo que es un poquito viejo, ¿no?

—Sé otro bastante bueno —se apresuró a introducir Minello—. Y éste me parece que ni siquiera lo sabe Brigitte. Mire, va una pulga por la selva, y de pronto se encuentra ante un río muy ancho; como está herida en una pata, no puede saltarlo, y entonces, ve pasar por

allí un elefante… «Oye, elefante: ¿serás tan bondadoso de pasarme al otro lado?». El elefante, que es muy bueno, porque todos sabemos que los elefantes son buenos, ¿verdad?, pues dice que de mil amores, y ¡hala!, la pulga salta sobre él, y la pasa a la otra orilla… Bueno: ¿pues qué cree usted que le dice entonces la pulga al elefante?

—No sé —gruñó Pitzer—. ¿Qué le dice?

—Pues le dice: «gracias, cariño; otro día, si estás herido, te pasaré yo a ti»… Es bueno, ¿eh? ¡Es bueno, demonios! ¿Verdad?

Brigitte estaba desternillándose de risa, pero no por el chiste, ciertamente, sino por el tono morado de la faz furibunda de Pitzer. Cualquiera sabe lo que éste habría dicho si Peggy no hubiera aparecido con el champán y las guindas. Sirvió a los tres, mirando de reojo al todavía iracundo Pitzer.

—¿Algo más, señorita?

—No, Peggy, gracias.

La doncella se retiró, sonriendo, mientras Minello se acercaba a la mesita donde se había servido el champán, con los ojos románticamente entornados.

—¡Oh, Peggy, Peggy, fiel doncella de una espía bella como las estrellas…! Hay en mi corazón nubes de color rosa que llevan perfume extraído de los pétalos de las rosas del jardín de los…

—Oiga —cortó Pitzer—: ¿no podría callarse un ratito, maldita sea?

—¿Un ratito? ¿Cómo cuánto de largo tiene que ser ese ratito?

—Aunque sólo sean cinco minutos.

—Se cree que no soy capaz de tener la boca cerrada, ¿eh? ¡Pues le voy a demostrar que se equivoca, ojos de vampiro!

Cerró herméticamente la boca, mientras Brigitte alzaba su copa, riendo de nuevo.

—Chin-chin, Frankie… Es una lástima que tengas que esperar cinco minutos para beber… ¡A-ah! ¡La boquita cerrada, Frankie!

Bebió un sorbito, imitada por Pitzer, que miraba con gesto de venganza satisfecha a Minello, el cual tenía su turno de enrojecer de rabia, pero, al parecer, estaba dispuesto a demostrar que podía tener la boca cerrada cinco minutos.

—Este es un silencio celestial —dijo Pitzer, después de beber, No hace mucho, oía croar por aquí a una rana… O quizá era un sapo.

—Los sapos no croan, tío Charlie —rió Brigitte, mirando divertidísima al sofocado Minello—. De modo que lo dejaremos en rana. Dígame: ¿a qué debo el disgusto de su visita?

—Tienes que ir a Italia… A Nápoles, concretamente.

—¡Nápoles! ¿Será verdad tanta maravilla? ¡Oh!, la ciudad del Vesubio, de la música romántica, de la alegría… Aunque, claro, no debo ir allá para divertirme, ¿verdad?

—Pues… no. Pero tampoco va a ser peligroso esta vez… Supongo que le suena el nombre de «Siberia».

—Lo he oído alguna vez. Siberia, Siberia, Siberia… ¿No es algo relacionado con los rusos?

—Hoy están ustedes en plan de graciosos, ¿verdad? Bueno, no me refiero a la Siberia rusa, sino al espía llamado «Siberia».

Una expresión de vivo interés apareció en los más bellos ojos azules del mundo.

—¡Oh, sí…! El enigmático «Siberia». El espía desconocido…

—Pero muy eficiente. Es un hombre que…

—¿Cómo sabe que es un hombre? —cortó Brigitte.

—¿Eh…? Oh, bien, no lo sé… Pero todos pensamos que es un hombre, ¿no?

—No —sonrió secamente Brigitte—. Yo sólo pienso que es un espía… extraño, y posiblemente de poco fiar.

—Oh, vamos… Lleva tiempo vendiéndonos informes que siempre han resultado de gran calidad e interés para la CIA Claro que no vamos a confiar en él hasta el punto de facilitarle información de nuestros asuntos, pero hasta la fecha, todo lo que nos ha vendido, si bien un poco caro, ha valido siempre la pena.

—Eso tengo entendido. ¿Quiere vendernos algo más, ahora?

—Así es.

—¿Qué cosa tiene en venta?

—No lo sabemos. En ocasiones, no lo dice. Pero siempre vende material importante.

—Bien… ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—«Siberia» estará esperando en el *Café Santa Lucía*, de la Via Caracciolo, de Nápoles, dentro de tres días, a un enviado de la CIA, para venderle una nueva información.

—Me parece muy bien. ¿Y qué?

—Hemos pensado que vaya usted a efectuar esa compra.

Brigitte se quedó mirando con amabilidad, pero también con ironía, a su jefe directo.

—Oh, vamos, tío Charlie… Supongo que es una broma.

—No es una broma.

—Bueno, pues yo no pienso ir, querido. Mire, sé muy bien que «Siberia» nunca se ha presentado personalmente a esa clase de citas. Si usted me dijera que en esta ocasión no va a enviar a un intermediario, según es su costumbre, quizá la curiosidad me hiciera aceptar, a fin de conocer a «Siberia». Pero, francamente, no tengo el menor interés en conocer a uno de los ayudantes de ese espía. Para serle completamente sincera, le diré que considero que Baby vuela mucho más alto que cualquier intermediario, e incluso que el propio «Siberia». ¿Quién es ése o ésa espía, a fin de cuentas, comparado con la agente Baby de la CIA? ¡Nadie!

—Su actitud refleja no poca soberbia, Brigitte.

—Nunca me gustaron los fanfarrones —murmuró Brigitte—. Pero para que me entienda mejor, le diré que un fanfarrón, para mí, es una persona que alardea de hechos pasados o futuros que jamás tuvo agallas para realizar; es decir, se valoriza a sí mismo en más de lo que vale… Y yo pregunto: ¿cree usted que yo me valorizo en más de lo que valgo? ¿Alguna vez he prometido hacer algo y luego no lo he cumplido? ¿He alardeado de facultades que no tengo?

—No.

—Entonces, mi caso no es de fanfarronería o soberbia, sino de reluciente realidad. ¿O quizá piensa usted que «Siberia» está en un escalafón más alto dentro del espionaje que el que ocupa Baby?

—No, no, por Dios…

—Entonces, no voy a Nápoles. ¿Más champán?

—Sí, gracias —Pitzer esperó a que Brigitte le sirviera más champán, bebió otro sorbito, y quedó pensativo unos segundos—. Bien, vamos a enfocar el asunto de otro modo. En realidad, lo que «Siberia» tenga para vendernos no nos importa demasiado, pues nada va a solucionar de modo definitivo a la CIA De todos modos, tenemos interés por ese material, sea el que sea, y hemos decidido comprarlo. Pero, además, hay otra cosa.

Brigitte dejo de darle besitos a la copa, esto es, de beber graciosamente, deliciosamente, un sorbito de champán.

—¿Qué cosa?

—Hemos pensado que usted podría llegar hasta el mismísimo «Siberia».

—Por supuesto que podría —sonrió la mejor espía del mundo—. Pero, ¿con qué objeto?

—El menos importante será conocerlo, localizarlo, fotografiarlo, y saber que podríamos encontrarle en un momento dado si más adelante nos hiciese alguna jugada sucia.

—¿Y el más importante?

—Hemos pensado que «Siberia», indudablemente, está muy introducido en el espionaje europeo. Hace tiempo que viene demostrándolo. Y se nos ha ocurrido que hay alguna posibilidad de que él sepa dónde están los seis agentes de la CIA que han desaparecido en Europa durante los cuatro últimos años.

—Cinco agentes, no seis —murmuró sombríamente Brigitte.

—Seis —corrigió suavemente Pitzer, con el gesto de quien por fin muestra sus triunfos—: hace una semana desapareció el sexto agente de la CIA, el sexto… Simón.

Un duro destello apareció, brevísimamente, en los ojos color cielo.

—¿Otro? —musitó la espía.

—Otro.

—¿Y por qué ha de saber «Siberia» algo sobre esto?

—*Podría* saber algo. Sabe muchas cosas, muchas. ¿Por qué no algo relacionado con este penoso asunto? Nuestro personal en Europa jamás ha conseguido pista alguna. Lo mismo sucederá esta vez. Pero… ¿y si «Siberia» supiese algo? No perdemos nada probando. Pero, claro, para preguntarle, hay que encontrarle antes. Usted es la indicada. Y quizá podría partir de alguna pequeña pista para solucionar ese extraño asunto de espías desaparecidos.

—Yo diría que es una posibilidad muy remota.

—Bien… En ese caso, no haremos nada: nos limitaremos a esperar que desaparezca el séptimo Simón. Y el octavo. Y el noveno…

—¡Usted es un cochino! —explotó por fin Minello, rojo el rostro de indignación—. ¡Está diciendo esto a Brigitte porque sabe que el mejor modo de convencerla es hablarle de sus queridos Simones, y además…!

—Todavía no han pasado los cinco minutos, Minello. Cierre la

boca.

—¡No me da la gana! Y otra cosa, viejo rufián: ¿usted no sabe lo que se dice sobre Nápoles? ¿Eh? ¿No lo sabe?

—¿A qué se refiere?

—Pues a ese refrán que dice: *ver Nápoles y después morir*. Y si Brigitte ve Nápoles…

—Cualquier día, Minello —chirrió la voz de Pitzer—, lo haré asesinar por uno de mis hombres. ¿De verdad no sabe usted cuándo es conveniente tener cerrada la boca?

Miró a Brigitte, y Minello, súbitamente consternado, hizo lo mismo. Pero, ciertamente, los refranes, supersticiones o cosas de ese estilo, eran algo que tenían completamente sin cuidado a la mejor espía de todos los tiempos. Incluso aunque lo referente a Nápoles quisiera indicar solamente que después de ver la bella ciudad ya no importaba morir, pues se había visto lo mejor del mundo.

Brigitte alzó de nuevo la copa y se quedó mirando, sonriente, la roja guinda que había en el fondo.

—Queridos —dijo suavemente—: ¿conocen ustedes a alguien que sea capaz de ir a Nápoles y después… seguir viviendo?

—Seguro que sí —sonrió Pitzer, aliviado.

—*Okay*. Otra cosa: la fotografía de «Siberia»… ¿la quiere usted de perfil, de frente, en blanco y negro, en color, de cuerpo entero, sólo de busto…? Está a tiempo de hacer su pedido.

Capítulo II

Tarde de mayo en Nápoles.

Lugar exacto: la terraza del *Café Santa Lucía*, en Via Caracciolo.

Tiempo: deliciosamente primaveral.

Personajes: muchas personas… y una pelirroja.

No había más remedio que destacar a la pelirroja, porque era absolutamente sensacional. De buena estatura, esbeltísima, bellísima, elegantísima. Estaba sentada sola en una mesa, con un libro en las manos, pero dedicando más su atención a la bahía napolitana, con una sonrisa de simpático agrado, de aprobación. Fumaba, tomaba su café con crema, sonreía, miraba la bahía y, de cuando en cuando, por puro compromiso, echaba un vistazo al libro.

Tan sólo ver mover sus grandísimos ojos verdes era ya todo un hermosísimo espectáculo. Parecían dos focos de luz verde y maravillosa, capaces de deslumbrar a cualquiera. Por culpa de aquellos ojos, varias personas habían tropezado ya con las sillas y las mesas, y el camarero estaba todavía como subido a una nube, alelado…

Por su porte, la joven podía ser francesa. Pero, por sus cabellos y por las pecas de su rostro se podía pensar que era inglesa, irlandesa, quizá sueca, quizá alemana… En lo que nadie tenía dudas era en que Nápoles estaba siendo una ciudad afortunada.

En una silla colocada junto a la que ella ocupaba, la joven bellísima tenía un portafolios grande, sólido, de negra piel, al que apenas había concedido una mirada. Al parecer, no contenía nada que fuese importante. Posiblemente, más libros como aquel al que prestaba tan poca atención.

Y sin embargo, alguien prestó gran atención a aquel libro: un caballero recién llegado a la terraza, con evidentes intenciones de ocupar una mesa. Un buen mozo de bellas facciones, hombros

anchos y un muy atractivo aspecto viril, sano, limpio… Vio el libro cuando se disponía a sentarse. Entonces, vaciló, frunció el ceño al parecer disgustado y, por fin, apretando los labios, se acercó a la espléndida pelirroja.

—Buenas tardes —saludó en inglés.

La pelirroja le miró amablemente.

—Buenas tardes —sonrió—. Mejor dicho: espléndida tarde.

—Sí, espléndida… Un libro muy interesante el que está usted leyendo, señorita.

—No lo estoy leyendo, precisamente. La verdad es que ya lo he leído un par de veces, y he perdido interés por él. ¿Lo ha leído usted, quizá, señor…?

—¿Quién no ha leído «El desafío americano»?

—Mucha gente. Pero, puesto que usted lo ha leído, y yo también, quizá podríamos cambiar impresiones sobre su contenido… ¿No quiere sentarse, señor…?

—Toscani —musitó el hombre—. Me sentaré. Gracias. Es usted muy amable. Pero… permítame decirlo: altamente indiscreta.

El llamado Toscani se sentó, y el camarero, que había estado esperando el resultado de la audacia del sujeto, se acercó presurosamente, un poco decepcionado por la facilidad con que la pelirroja había aceptado la compañía masculina. Le había parecido una diosa lejana, inabordable, inalcanzable… Pero quizá tenía que bajar por fin de su nube y empezar a pensar que, quizá, aquella dama lo que precisamente hacía allí era esperar ser abordada por algún hombre. ¡Qué lástima! Pero, en fin, cosas de la vida…

—Café —pidió también Toscani.

El camarero se alejó algo mohíno. La pelirroja contemplaba con relativo interés a Toscani.

—¿Por qué dice que soy altamente indiscreta? —preguntó.

—Está llamando la atención de todo el mundo. No creo que esta sea una entrevista en la que nadie repare.

—Bueno… Soy una chica bonita, señor Toscani, no puedo evitarlo.

—De acuerdo en eso. Pero no estoy de acuerdo en que la enviaran a usted. Hasta ahora, los enviados de la CIA han sido mucho más discretos, menos… llamativos.

—¿Le parezco llamativa? ¿Quiere decir… grotesca, o

estrafalaria, o…?

—No, no… Simplemente, demasiado hermosa.

—¡Muchísimas gracias! —rió la pelirroja—. En cierto modo, usted tiene razón: mi belleza me ha ocasionado problemas en bastantes ocasiones. Sin embargo, espero que en ésta no suceda así… Entiendo que esta es una entrevista amistosa, cordial, conveniente para ambas partes. ¿Ha traído usted su… mercancía?

—Por supuesto. Y supongo que ese portafolios contiene el dinero de la CIA.

—Efectivamente: cien mil dólares en billetes de veinte y cincuenta, en fajos bien apretados, tal como se convino… Una pequeña fortuna. ¿Qué va a darme a cambio?

—Un microfilm.

—¡Oh! —La pelirroja se decepcionó visiblemente—. Así estamos todavía, a estas alturas, negociando con microfilmes… Bien, habrá que aceptarlo, si vale la pena.

—La CIA sabe perfectamente que todo lo que «Siberia» les ha vendido ha valido la pena.

—En efecto. ¿Me permite ver ese microfilm?

—¿Aquí? —Respingó el hombre—. ¿Ahora?

—Desde luego.

—Usted debe estar… loca.

La pelirroja frunció ligeramente el ceño. Iba a decir algo, pero en aquel momento llegó el camarero con el café para Toscani, y se reservó la respuesta. Para cuando el camarero se alejó de nuevo ya había decidido dar su respuesta de otro modo: tomó el portafolios, lo colocó sobre la mesa delante de Toscani, y dijo:

—Vea si contiene lo que usted quiere, señor Toscani.

Evidentemente molesto y preocupado, Toscani abrió el portafolios, echó un rápido vistazo, asintió con la cabeza, y lo cerró rápidamente.

—Así parece —admitió.

—Bien: el microfilm, entonces.

—Oiga: ¿cuánto hace que trabaja usted para la CIA? Es la agente más torpe que jamás he…

—El microfilm.

—De acuerdo. Nos debe estar mirando todo Nápoles, pero allá usted.

De un bolsillo interior sacó una capsulita metálica, que depositó en la palma de la mano de la pelirroja. Ésta dejó la capsulita sobre la mesa, y, de junto a sus pies, recogió aquel extraordinario maletín rojo con florecillas azules. Se lo colocó en las rodillas, lo abrió, sacó de su interior un pequeño visor para diapositivas, y, en la ranura, colocó el microfilm, del cual fue tirando suavemente, contemplándolo a contraluz. Toscani se había bebido el café de un solo trago, y estaba indiscutiblemente nervioso. Ante él tenía una mujer que era una nulidad en espionaje, sin duda alguna.

—La CIA recibirá una indicación de «Siberia» muy pronto, en el sentido de que, en adelante, sólo trataremos con profesionales auténticos —gruñó—. Usted no se imagina la barbaridad que está cometiendo, señorita.

La pelirroja acabó de mirar el microfilm, como si no hubiera oído a Toscani. Lo colocó en su capsulita metálica, guardó ésta en el maletín, y miró fijamente al italiano.

—Según parece, su microfilm vale los cien mil dólares, señor Toscani. Dígale a su jefe que estamos altamente satisfechos de nuestras relaciones.

—Gracias. Y ahora, si me perdona…

—Un momento, por favor. Tengo otro mensaje para su jefe.

—¿Qué mensaje?

—Estoy en el «Hotel Vesubio» con el nombre de Erika Plunke. Dígale que me llame o me visite si le interesa ganar un millón de dólares.

Toscani parpadeó fuertemente.

—¿Ha dicho un millón de dólares? —musitó.

—Sí. Estaré esperando la llamada…

—No espere. Ya puedo yo darle la respuesta: nos interesa ese millón de dólares.

—Muy razonable. Dígame: ¿no será usted el propio «Siberia»?

—No. Y allá usted si prefiere no creerme. Yo sólo soy su hombre de confianza.

—Entiendo. También entiendo sus precauciones, naturalmente.

—¿A qué precauciones se refiere?

—Usted, o el hombre que «Siberia» envía en cada ocasión, nunca actúan en el mismo sitio; unas veces se entrevista con nuestros enviados en París, otras en Ginebra, o en Roma… Me parece bien,

por supuesto, ya que no tienen por qué delatar su lugar de residencia. Sin embargo, en esta ocasión, la cosa tendrá que ser diferente.

—No comprendo.

—Quiero ver personalmente a «Siberia».

Toscani sonrió, secamente.

—¿Para qué? No es necesario…

—Quiero verle.

—En ese caso, temo que a «Siberia» no le va a interesar el asunto, señorita Plunke.

—¿Va a despreciar un millón de dólares?

—«Siberia» es incapaz de despreciar un solo centavo. Pero puede tener la seguridad de que no accederá a una entrevista personal. Lo siento, pero tengo sus órdenes terminantes a este respecto.

—¿Por qué se esconde? Si somos amigos…

—No es cuenta mía el por qué se esconda él. Ni de usted, señorita Plunke. ¿Algo más?

—Sí —suspiró decepcionada la pelirroja Erika—. Lamento que mi ardid haya fallado. Quería conocer a «Siberia», pero, aunque él no permita eso, tengo órdenes de insistir en mi oferta de un millón de dólares. Bien entendido que sólo se los pagaré a usted, o a quien él envíe, cuando la información que deseamos haya satisfecho nuestro interés.

—¿Qué información es esa?

Erika Plunke sacó un sobre del maletín, y lo tendió a Toscani. Éste lo abrió y sacó tres fotografías de un hombre joven, rubio, de rostro enérgico pero positivamente simpático. Una fotografía de frente y una de cada perfil.

—Es un agente de la CIA —musitó Erika—. Desapareció, hace diez días, en Lausana.

—¿Lo mataron?

—No, no, no, señor Toscani… Cuando nos matan a uno de los nuestros, generalmente lo sabemos, lo encontramos. Ha desaparecido, eso es todo. Es el sexto agente que desaparece en cuatro años en Europa, y jamás la CIA ha encontrado rastro alguno. Detrás de una de las fotografías, encontrará el nombre con que ese agente actuaba en Lausana, y su dirección allá. Dígale a «Siberia» que lo encuentre, que nos ponga en la pista de esa… vía por la que

han desaparecido ya seis agentes de la CIA, y tendrá un millón de dólares.

—Es una información muy importante…

—Un millón de dólares no es una bagatela, me parece a mí.

—Desde luego. Pero si la CIA no ha conseguido nunca una pista, ¿cómo esperan que la encuentre «Siberia»?

—Igual que ha conseguido otras cosas que nosotros no habríamos conseguido nunca. Cada espía, cada servicio secreto, tiene sus canales de información, evidentemente. Nosotros hemos pensado que hay alguna posibilidad de que «Siberia» disponga de canales a los que nosotros no tenemos acceso, y que, por tanto, quizá consiga esa información que la CIA no alcanzara jamás. Por ejemplo, el microfilm que acabamos de negociar, contiene información ajena a los canales europeos de la CIA ¿Por qué no admitir que «Siberia» podría proporcionarnos esa pista de nuestros agentes?

—Se lo diré a él. Y, a menos que usted insista en una entrevista personal, le garantizo que aceptará la oferta, y que nos pondremos a trabajar en seguida. Yo mismo la llamaré a usted al hotel para darle una respuesta concreta.

—¿Cuándo?

—Mmm… Dentro de dos o tres horas.

—¿Dos o tres horas solamente? Bien… Quizá eso quiere decir que la guarida de «Siberia» no está muy lejos de Nápoles.

—Quizá —sonrió Toscani—. O que tengo un avión o un helicóptero esperándome en algún sitio, para trasladarme, en tres horas, a quinientos o mil kilómetros de aquí.

—Es cierto —sonrió también Erika—. Bien, señor Toscani, estaré esperando su llamada.

—De acuerdo. Adiós, señorita Plunke. Oh, el café que…

—Paga la CIA —sonrió de nuevo Erika—. Añadiremos el importe de su café a los cien mil dólares que se lleva.

Toscani se quedó mirándola con curiosidad, risueño, un poco desconcertado.

—¿Sabe? —musitó—. A medida que uno va hablando con usted, empieza a pensar que no es tan tonta como parece.

—Es usted muy amable. Salude a «Siberia» de mi parte… Oh, una sola pregunta, que agradecería contestase con sinceridad: ¿es

«Siberia» un hombre o una mujer?

—Un hombre, naturalmente.

—¿Por qué naturalmente?

—Porque los buenos espías son siempre hombres.

—Oh… ¿De veras? ¿Eso piensa?

—Bueno… Hay algunos casos aislados de mujeres espías que han dado buenos resultados, claro. Muy pocos casos. Por ejemplo, ustedes, los de la CIA, tienen a…

Toscani calló bruscamente. Parpadeó de nuevo, ahora sobresaltado y, finalmente, un poco demudado el rostro, se quedó mirando fijamente los verdes ojos de Erika Plunke.

—¿Sí? —sonrió ésta—. ¿A quién tenemos en la CIA? Parece como si de pronto estuviera usted muy impresionado, señor Toscani… ¿Ya no recuerda lo que iba a decir?

—Temo que no —susurró Toscani—. Buenas tardes.

—Adiós. Y no lo olvide: salude a «Siberia» de mi parte.

Toscani salió de la terraza del café, y se alejó, con sus cien mil dólares. Bien ganados, por cierto: el microfilm los valía sobradamente. ¿De dónde sacaba la información «Siberia»? Debía tener fuentes óptimas, ya que lo mismo servía datos sobre asuntos ingleses, que alemanes, franceses, rusos… Dada su calidad y potencia informativa, casi podía comparársele con el mejor espía jamás habido en el mundo entero: Número Uno.

—Tonterías —pensó la señorita Plunke—. No puede haber nadie como él.

Probó su café, al parecer dispuesto a terminarlo, pero lo encontró frío, de modo que lo rechazó. Encendió un cigarrillo. Cuando había fumado ya la mitad, volvió a abrir su maletín rojo con florecillas azules, y, sin sacarla, abrió una cajita metálica que había dentro. Se quedó mirando la pequeña esfera, y la aguja, que señalaba hacia el Sur, mientras del aparato brotaba un levísimo «raaac-raacc» siguiendo las levísimas oscilaciones de la aguja indicadora. Diez minutos más tarde, no tenía duda ninguna: Toscani iba hacia el Sur.

Pagó los dos cafés, salió de la terraza, y fue hacia donde tenía estacionado el coche alquilado en Nápoles desde la tarde anterior. Se colocó al volante, puso la cajita metálica en el asiento contiguo y todavía le echó otro vistazo.

—No hay duda —musitó—, hacia el Sur. Pero… lo encuentro demasiado fácil.

Capítulo III

Casi una hora más tarde, a la altura de Pompei, tuvo que abandonar la autopista que conduce a Amalfi y Salerno, obligada por las indicaciones de la aguja. Tuvo que dejar atrás y a la izquierda Pompei, siguiendo la carretera hacia Avellino. Allí, en esa carretera bordeada de espesos pinares, la cajita metálica comenzó a aumentar el volumen de su sonido indicador de que el emisor de señales estaba cada vez más cerca.

Finalmente, al llegar a un estrecho camino a la izquierda, la aguja señaló hacia allí y, sin vacilar, la señorita Plunke metió el coche en el polvo de aquel solitario camino. La señal era cada vez más y más fuerte, hasta que, por fin tan fuerte resultó que la pelirroja detuvo el coche y paró el motor.

¡R AAAACCC-RAAACCCC-RACCC…!

Tomó el receptor, salió del coche, y contempló la aguja, mirando luego hacia donde señalaba: los pinos, cada vez más apretados en aquella parte. Solamente pinos y más pinos. Por encima de ella, en la tarde agonizante, se oía el piar de pajarillos buscando acomodo para la noche, en las copas de los pinos.

Tan sólo un minuto más tarde, la señorita Erika Plunke se detuvo entre los pinos, apagó el receptor, y miró sin demasiada desilusión el portafolios, tirado en el suelo, abierto… y vacío, naturalmente.

—Demasiado fácil, en efecto —sonrió hoscamente.

Recogió el portafolios y regresó al coche. Sentada de nuevo ante el volante, introdujo dos deditos entre el pliegue de piel del fondo del portafolios, y retiró el pequeño emisor de señales. Lo guardó en el maletín, resignada.

Sabía que había perdido definitivamente la pista de Toscani, pero, al menos, éste sabía dónde estaba ella, y puesto que al parecer, la oferta de un millón de dólares iba a interesar a «Siberia»,

no cabía duda de que la buscarían en el «Hotel Vesubio». De modo que no estaba todo perdido.

Quizá en el próximo contacto tuviera más suerte.

Tuvo que maniobrar varias veces, metiendo el coche entre los pinos, para poder dar la vuelta de regreso a la autopista. Pasó otra vez por Pompei, que era como un blanco punto silencioso, rojo de sol… Por simple costumbre, miró el espejo retrovisor, y vio el «Fiat» deportivo que parecía salir de Pompei, y se colocaba tras ella.

Al verlo, el ceño de Erika Plunke se frunció.

Claro que debía haber miles y miles de coches como aquel en Italia, pero… Sin dejar de mirar ahora por el retrovisor, continuó a la misma velocidad, llegó al acceso a la autopista, emprendió el regreso a Nápoles… Cuando, una vez más, miró por el retrovisor el «Fiat» deportivo seguía tras ella, manteniendo la distancia.

La pelirroja Erika casi soltó una carcajada.

—Fantástico —exclamó—. Absolutamente fantástico: ¡el cazador cazado!

Sin vacilar, salió de la autopista casi en seguida, al llegar a la salida hacia Torre Anunziata. Era ya casi de noche…, y el «Fiat» deportivo seguía tras ella. Era un coche grande, veloz, de bonita línea. No tan grande como los coches americanos, pero no parecía que fuese una cosa fácil dejarlo atrás ni siquiera con uno de estos vehículos…, y ella llevaba un coche, también italiano, de velocidad inferior al que la seguía. ¿O no la seguía?

En seguida llegó a las primeras casas de Torre Anunziata. Había corrales medio derruidos, abandonados, a ambos lados de la calzada principal. Se metió por una estrecha calleja, a su derecha, y en el acto, metió el coche en uno de aquellos corrales con olor a ovejas, saltó del vehículo, fue hacia la tapia derribada en su mayor parte, y la saltó ágilmente, sin soltar el maletín rojo con florecillas azules.

Dos minutos más tarde, indecisos, cautos, dos hombres aparecieron, a pie, en la entrada al solitario corral. Uno de ellos señaló el coche de Erika, y ambos se acercaron, mirando u todos lados, con desconfianza.

Abrieron la portezuela y echaron un vistazo al interior. Por dentro, se miraron.

—¿Crees que tiene algún contacto aquí? —preguntó uno de ellos, en italiano.

—¿Por qué no? Debe estar ahora por el pueblo… Y nosotros tenemos que encontrarla. No quisiera regresar diciendo que la hemos perdido.

—No será difícil encontrarla en Torre Anunziata, Vamos.

Cerraron las puertas del coche y comenzaron a caminar hacia la salida del corral, de suelo desigual, lleno de piedras, hierbajos y excrementos de oveja.

—¡Pierino! —Oyeron—. ¡Pierino, *bambino birichino, veni qui*!

Al oír la voz irritada de aquella mujer, los dos hombres se miraron y uno de ellos señaló la salida del corral.

—Vamos a preguntarle. Quizá esa mujer haya visto a la pelirroja: no es fácil que la confundan.

Salieron del corral, junto al cual llegaba entonces la mujer que llamaba a Pierino, el niño granuja, ordenándole que fuese allá inmediatamente. Al verlos aparecer, la mujer descalza y de largos cabellos negros respingó, evidentemente sobresaltada, y se quedó mirándoles.

—*Scusi, signora. Noi siamo stati…*

La *signora* de los negros cabellos y descalzos pies no les dejó explicar lo que ellos estaban haciendo allí. Fue algo sorprendente: su mano derecha se movió, veloz como un rayo, terrible como el mismo rayo, descargando un seco golpe en la barbilla del italiano que estaba hablando, el cual no sólo dejó de hablar, sino que salió volando de nuevo hacia el interior del corral, sin conocimiento bajo el tremendo golpe de karate.

El otro lanzó un respingo, llevó la mano diestra al interior de su chaqueta…, y la *signora*, que había girado sobre su pie izquierdo como iniciando un paso de baile, disparó su pierna derecha, horizontalmente, acertando con el descalzo pie al otro hombre en el abdomen, en un impacto sensacional, que lo hizo volar doblado, por encima de su desvanecido compañero, también hacia el interior del corral.

Cayó de espaldas, siempre encogido, y haciendo un gran esfuerzo se colocó de rodillas, intentando de nuevo sacar su pistola.

¡Crac!, crujió su mandíbula al recibir el puntapié en la punta, con tal fuerza, que pareció que la cabeza fuese a salir disparada… Pero no. Al impulso de su cabeza, siguió el del cuerpo, y el hombre, con el rostro crispado, quedó de espaldas sobre un montón de

excrementos, dolorosamente dormido.

Sin inmutarse, la *signora* se acercó a los dos hombres, les quitó las pistolas, y las tiró a un rincón del corral, entre los hierbajos. Luego, salió del corral, lo rodeó, y de junto a la tapia recogió el maletín rojo con florecillas azules. Lo abrió, metió dentro la pistolita que se despegó del muslo izquierdo, y seguidamente, con rápida habilidad, recogió sus negros cabellos para poder colocarse la peluca que la convertía en pelirroja. Segura de que no había nadie por allí, se quitó el vestido, le dio la vuelta, colocó las invisibles solapillas en su sitio, de modo que quedó nuevamente escotado, y recogió el ancho dobladillo de la falda. Siempre era conveniente tener vestidos adaptables a las diversas modas…

Convertida de nuevo en Erika Plunke, regresó al corral, y despojó a los dos hombres de todo cuanto llevaban en los bolsillos, que fue colocando en el pañuelo de uno de ellos. Luego, tranquilamente, salió del corral y fue hacia el coche deportivo. Se metió dentro, dio la luz interior y lo primero que vio fue la cámara fotográfica especial. Y tan especial, según comprobó con un brevísimo examen: era de las que revelaban por sí mismas las fotografías en menos de un minuto.

Abrió la guantera, y sacó todo lo que había allí. Sonrió secamente al ver varias fotografías. Eran muy interesantes: la mostraban a ella, en la terraza del *Café Santa Lucía*. En unas estaba sola y en otras con Toscani. Había planos, un destornillador, guía de hoteles, tabaco, cerillas… Nada de interés, excepto las fotografías, que quemó allí mismo utilizando las cerillas. Si querían fotos de Erika Plunke, tendrían que empezar de nuevo.

Un registro breve, pero experto, no le proporcionó ninguna pista interesante del coche o sus ocupantes. Miró entonces los documentos que contenían las respectivas billeteras…, para despreciarlos en seguida. La residencia de uno de aquellos hombres estaba fijada en Roma, La del otro, en Bari. Ninguna de las dos tenían la menor importancia…

Y posiblemente, ni siquiera eran ciertas.

A medida que iba examinándolo todo, lo iba tirando despectivamente hacia el asiento de atrás.

Y por fin, llegó a la conclusión de que allí dentro no había nada que le interesase.

Tomó su maletín, salió del coche, y regresó al corral; asió por un pie a uno de los durmientes, y lo apartó. Luego, hizo lo mismo con el otro. Por último, se metió en su coche, dio marcha atrás, salió del corral, y emprendió el regreso hacia la autopista que llevaba a Nápoles.

Siete u ocho minutos más tarde, uno de los durmientes despertó. Se quedó contemplando las estrellas, rutilantes en el ya negro cielo nocturno… De pronto, se sentó, abriendo la boca en el principio de un grito, que no llegó a proferir. Junto a él estaba su compañero, todavía sin conocimiento. Se deslizó hasta él y lo sacudió por un hombro.

—Enrico… ¡Enrico! —llamó.

Un par de bofetadas ayudaron al buen Enrico a recobrarse. Se quedó mirando estúpidamente a su amigo.

—Salvatore… ¿Qué…?

—Tenemos que marcharnos en seguida de aquí. ¡Vamos, de prisa!

Salvatore ayudó a Enrico a ponerse en pie. No necesitaban, ciertamente darse explicaciones mutuas: habían sido derrotados en menos de tres segundos por una mujer, ese era el único humillante recuerdo que tenían. Ése, y el lógico convencimiento de que la mujer de negros cabellos y la pelirroja eran la misma. Cuanto más pensaban en la facilidad con que habían sido engañados y vencidos, más furiosos y humillados se sentían.

Y por supuesto, de ninguna de las dos mujeres quedaba el menor rastro. Ni siquiera el coche. En cuanto a la posibilidad de adentrarse en el pueblo, para preguntar por una *signora* que llamaba a un niño diciéndole que era un granuja, y que atendía al nombre de Pierino, fue descartada en el acto, pues sólo habría servido para que su humillación aumentase.

Regresaron a su coche, sintiéndose algo aliviados al verlo donde lo habían dejado y con las llaves puestas. Cuando vieron el desaguisado cometido con el contenido del auto volvieron a mascullar cosas bien feas sobre la mujer, haciendo hincapié en adjudicarle una profesión muy femenina, ciertamente, pero a la cual, evidentemente, no pertenecía Erika Plunke.

—Volvamos a Sorrento —dijo Enrico.

—Y preparémonos: a Francesco no le va a gustar este fracaso

nuestro. ¡Maldita sea esa…!

—Francesco no me preocupa demasiado —susurró Enrico—. Pero sólo de pensar en ver a «Siberia» se me pone carne de gallina…

* * *

Estaban los dos detrás de Francesco Toscani, que después de escucharlos, los llevó al pequeño salón sombrío de la villa, dispuesto a dar la cara por ellos, lo cual era muy digno de agradecer.

Toscani delante, ellos dos detrás, mirando el respaldo de aquel sillón vuelto hacia ellos, de modo que no podían ver al personaje que lo ocupaba. Ni tenían el menor deseo de verlo. Solamente había una lámpara de pie encendida; las cortinas, espesas, poco adecuadas a las características de la villa, estaban corridas. Era un ambiente poco menos que lóbrego, tétrico, siniestro, en fin.

En cambio, la voz de «Siberia» era apacible, tranquila, sin truculencias ni altibajos, sin gritos, sin tonos amenazadores.

—Entonces —dijo—, entiendo que una sola mujer los ha vencido y burlado, se les ha escapado después de golpearles, y ha roto las fotografías que ellos tomaron mientras tú conversabas con ella en la terraza del café y las posteriores a tu marcha… ¿Es así, Francesco?

Aunque Toscani tampoco podía ver a «Siberia», asintió con la cabeza, tragando saliva. Y comprendiendo en seguida que «Siberia» no podía ver su gesto, se apresuró a añadir:

—Así es. Todo iba bien, pero ella les sorprendió.

—¿Les sorprendió?

—Bueno… Como en otras ocasiones, previendo que el portafolios del agente secreto de turno podía contener algún truco, yo lo revisé, saqué el dinero, y luego tiré el portafolios, tomando otro camino para llegar hasta aquí. Enrico y Salvatore, mientras tanto, estaban siguiendo a esa mujer, según costumbre, para saber luego con quién entraba en contacto. Ella… se dio cuenta, y los… sorprendió.

—Yo diría más bien que les tendió una trampa. ¿No estáis de acuerdo, Salvatore, Enrico?

Diciendo esto, «Siberia» hizo girar el sillón, de modo que quedó

dando frente, por fin, a los tres hombres, y recibiendo de lleno la luz de la pantalla en el rostro.

Es decir… en lo que debía ser el rostro. En la calva cabeza cruzada por numerosas cicatrices, bajo los arcos de las cejas sin vello alguno, relucían dos ojos terribles. Uno de ellos, pequeño, negrísimo, vivo. El otro, grande, terrible, como a punto de salir de la órbita, de color azul intenso, era de cristal, evidentemente. La boca era sólo una línea de carne brillante, tersa, de un feo horrible color rosado, como si no tuviera piel. La nariz estaba torcida, la barbilla y las mejillas llenas de cicatrices. Era una visión absolutamente espeluznante, y, por cierto, los tres hombres, y cualquier ser normal tenían todo el derecho del mundo a sentir cómo sus cabellos se ponían de punta y su piel se estremecía al contemplarla.

Se puso en pie, y dio un par de pasos hacia los tres hombres, cojeando, encorvado. Parecía tener una pierna más corta que otra y, al hacer un gesto de exigencia con el brazo derecho, se vio aquella mano, mutilada, carente de los dedos índice, corazón y anular.

—¿No estáis de acuerdo? —insistió.

Enrico tuvo que cerrar los ojos un instante.

—Sí… Sí, señor —jadeó—. Estamos de acuerdo: ella nos tendió una trampa.

—Con lo cual demuestra no sólo que es más lista que vosotros, sino que es la más lista de las personas de las que os habéis ocupado hasta ahora.

—No debe ser tan lista cuando no aprovechó la ocasión para interrogarnos acerca de quién es usted y dónde podía encontrarlo —se atrevió a musitar Toscani—. Y le aseguro que tenía interés por conocerle.

—Todos tienen interés por conocerme. Es natural. Y sabéis perfectamente que no admitiría fallo alguno por vuestra parte a ese respecto.

—Nos hemos asegurado de que nadie nos seguía —aseguró precipitadamente Salvatore.

—Mejor para vosotros.

—Yo creo —aventuró aliviado Enrico, observando el buen talante de su jefe— que se limitó a escapar, eso es todo.

—Está bien. Es muy astuta esa mujer… Y debe ser una

profesional experimentada, por lo que me habéis dicho del cambio de aspecto… ¿Sí, Francesco?

El ojo pequeño, negrísimo, quedó fijo en Toscani, que encogió los hombros.

—Estaba pensando una tontería nada más.

—¿Qué tontería? Bien… Estuvimos hablando de mujeres espías… Primero, esa Erika Plunke me pareció tonta e imprudente, pero… No sé, ella no debe ser tan tonta. Pensé eso. Y mientras hablábamos de las mujeres espías, se me ocurrió que ella podría… ser la agente Baby.

Algo parecido a un relámpago pasó por el negro ojo de «Siberia».

—Ah, eso sería maravilloso… ¡Un bocado exquisito!

—Es una tontería pensar que Erika Plunke pueda ser…

—¿Una tontería? No, no, no… No lo creas, Francesco. Baby podría ser, efectivamente, la agente enviada por la CIA para intentar aclarar esa cuestión de los agentes desaparecidos. Lo sé muy bien porque —rió de un modo estremecedor— me he asesorado bien en ese sentido… La agente Baby… ¡Qué gran ave para mi colección!

—Los rusos ofrecen mucho dinero por ella. Y los chinos.

—Lo sé mejor que tú —rió «Siberia»—. Mis informes son de primera mano, no lo olvides. Es una lástima que en esos informes nunca se haya podido incluir el verdadero nombre de esa mujer… Llámala.

—¿Cómo?

—Que la llames. ¿No dices que está en el «Hotel Vesubio»?

—Sí. Ella me dijo…

—Llámala. Dile que estoy dispuesto a aceptar ese trabajo a cambio de un millón de dólares.

—Ella querrá verle a usted.

—Sobre eso dile que mañana volverás a llamarla y le dirás cuáles son mis condiciones para una entrevista.

—Está bien.

Toscano fue a una mesita, consulto el listín telefónico, y luego pidió conferencia con el «Hotel Vesubio», de Nápoles. Pocos minutos después, ya sentado de nuevo «Siberia», conseguía la comunicación, y pedía que le pusieran con la señorita Erika Plunke.

Estuvo conversando unos segundos y colgó, volviéndose hacia el horrendo personaje del ojo cristalino de color azul.

—No está en el hotel, ni saben cuándo volverá.

—Sí… Ya lo he comprendido. Volverás a llamar más tarde.

—Quizá se haya marchado —sugirió tímidamente Enrico.

«Siberia» volvió el ojo hacia él.

—¿Marchado? ¿A dónde?

—Fuera de Nápoles. Es posible que se haya asustado y esté ya de regreso a Estados Unidos. Si es una profesional, no le habrá importado dejar su equipaje y un nombre falso… ¿No?

«Siberia» dejó de mover negativamente la cabeza.

—No —rechazó—. Una mujer que puede asustarse tan fácilmente, no tendería una trampa a dos hombres, sólo para golpearlos y destruir unas fotografías que de nada habían de servirnos, ya que iba disfrazada. Si fuese de las que se asustan, es seguro que, en primer lugar, la CIA no la hubiese enviado. Y en segundo lugar, si fuese de ésas, se habría preocupado solamente de ponerse fuera de vuestro alcance por todos los medios, en lugar de arriesgarse para quemar unas fotografías que nunca podrían mostrar su verdadero aspecto.

—Nosotros no vemos las cosas tan complicadas —intervino Salvatore—. Ella se ha escapado, eso es todo.

—Quizá. De todos modos, estamos ahora muy ocupados con los últimos detalles de mi plan para preocuparnos de un agente más o menos.

—¿Qué noticias tenemos sobre Sentha y Amadeo? —se interesó Toscani.

—Ninguna. Y eso empieza a preocuparme un poco, así que vamos a olvidar, por el momento, a esa Erika Plunke. No obstante, poco costará que llames dentro de una hora o dos otra vez al «Vesubio»… Si ella está allí, bien. Si no, da lo mismo —miró a Enrico y Salvatore—. Habéis tenido suerte de que estos días esté más pendiente de mis planes finales que de los agentes que son enviados para comprar mis informes.

—Hicimos lo que…

—Retiraos.

—Sí, señor.

Los tres hombres, visiblemente aliviados, abandonaron el

lóbrego lugar. Después que la puerta se hubo cerrado tras ellos, el horrendo «Siberia» permaneció inmóvil en su sillón varios minutos, al parecer pensativo; era difícil determinar la expresión de aquel rostro.

Por fin, alargó la mano y apretó una tecla del intercomunicador que tenía en la cercana mesita. Al instante se oyó la voz de un hombre:

—Dígame, señor.

—Aleko, cierra todas las puertas y ventanas de la villa, inmediatamente.

—Sí, señor.

—Eso es todo.

«Siberia» apretó de nuevo la tecla y volvió a quedar pensativo. Por fin, se puso en pie, fue hacia la biblioteca, y abrió uno de los cajones inferiores, del cual sacó una pistola. Con ella en la mano, se acercó a las cortinas, las apartó, y aflojó el cierre de la ventana, mientras, a través de los cristales, contemplaba la oscuridad del exterior.

* * *

La oscuridad era completa allí dentro, en aquel reducido espacio Pero, de pronto, un delgado rayo de luz cruzó las tinieblas, iluminando el neumático de repuesto, colocado a un lado del portaequipajes. Luego, la fina raya de luz se fue desviando, hasta iluminar el cierre en forma de gancho, sólido, encajado en su ranura.

Al resplandor de tan escasa luz, dentro del portaequipajes destacaba el rostro femenino, un poco tenso. Una manita apareció ante el gancho de cierre, sosteniendo una lima para uñas, con la cual apartó el gancho. Se oyó un leve chasquido, y el capó del portaequipajes se alzó impulsado por las ballestas, al mismo tiempo que era apagada la luz de la linternita.

Por una de las ventanas del garaje entraba la luz de las estrellas y de la luna en cuarto creciente. A esa luz, la dama salió del portaequipajes sin el menor tropiezo. Quedó de pie junto al coche, inmóvil, atento el oído, que no captó el menor sonido revelador de peligro.

Una mano bajó, recogió el maletín rojo con florecillas, lo sacó, y de él extrajo la pistolita de cachas de madreperla. Luego, con el asa del maletín pasada por la muñeca izquierda y la pistolita en esa misma mano, la dama se acercó a la puerta del garaje. Estuvo buscando unos segundos, encontró el resorte, lo apretó, y la puerta se alzó, doblándose por la mitad, hacia el techo.

Afuera la noche era fresca pero agradable.

Y de pronto, con toda nitidez, llegó a los finos oídos femeninos el rumor del mar. De una playa, concretamente, no de las olas rompiendo en un acantilado.

La dama salió del garaje, y la luz de la luna y las estrellas se reflejó en sus grandes ojos. Accionó el resorte de afuera y la puerta del garaje bajó, cerrándose de nuevo.

Además del rumor del mar, oía ahora el chirriar de numerosos grillos.

Delicioso.

Empuñó la pistolita con la mano derecha y caminó unos pasos, apartándose del garaje hasta ver bien la casa. No era grande, pero parecía bonita, agradable. Había una pequeña terraza con los bordes llenos de flores. Hacia la playa se extendían los pinos, cuyo aroma era intenso en la calma de la noche. La dama fue hacia ellos, se colocó detrás de uno y miró hacia la casa. No se veía en ella ni una sola luz, con lo cual quedaba demostrado que había sabido esperar. En su relojito de esfera luminosa eran las dos de la madrugada; o sea, que se había pasado dentro del portaequipajes del coche deportivo algo más de cuatro horas. Por lo tanto, era natural que sintiese dolorido todo el cuerpo.

Hacia su derecha, vio las luces de una pequeña población, pero no tenía la menor idea de cuál podía ser.

Volvió a mirar hacia la casa, estuvo contemplándola un par de minutos y luego se dirigió hacia ella, ocultándose siempre que era posible, detrás de arbustos o pinos. Llegó por fin ante una de las ventanas, la probó, y frunció el ceño al hallarla cerrada. Vaciló, fue hacia otra ventana, la probó también y de nuevo frunció el ceño. ¿Cómo era posible que con un clima tan agradable todavía cerrasen las ventanas en aquella casa?

Estuvo tentada de sacar sus ganzúas para abrir la segunda ventana, pero era tal el convencimiento de que debía haber alguna

abierta, que se desplazó de nuevo, ahora hacia la terraza. También la doble puerta de cristales de la terraza estaba cerrada. A la derecha vio otra ventana y se dijo que si aquélla también estaba cerrada ya no buscaría más, y entraría por sus propios medios.

Saltó silenciosamente la balaustrada cubierta de flores, y probó aquella ventana… que cedió en seguida hacia dentro.

Muy bien.

Quiso ver el interior de aquella habitación, pero las pesadas cortinas se lo impidieron. Cosa que no tenía demasiada importancia, ciertamente. Entró por la ventana, apartó las cortinas…

Plof, oyó.

Notó un golpecito en el pecho, justamente entre los senos. Y eso fue todo.

Capítulo IV

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el rojo resplandor de la luz del sol. Los cerró, quiso volverse hacia el otro lado, y eso sólo sirvió para hacerle comprender que no podría moverse hacia ningún lado, pues estaba atada o sujeta a algo.

Al mismo tiempo que, en vano, daba un tirón de sus brazos, oyó aquella voz, tranquila, amable, cortés:

—Inútil, señorita Plunke: está muy bien atada.

Volvió la cabeza a contrasol, de modo que pudo abrir los ojos sin experimentar deslumbramiento… pero más le hubiera valido quedar deslumbrada.

Incontenible, una exclamación, casi un grito de pavor, brotó de los labios de Erika Plunke, al ver aquel rostro inclinado hacia ella, estirados los rosados labios que parecían sin piel en una espeluznante sonrisa, pequeño el ojo negro, enorme y saltón el ojo de color azul, impávido, como helado. En un instante, la señorita Plunke tuvo una de las visiones más horrendas de su vida… Y había tenido no pocas visiones horrendas.

—Santo Dios —jadeó.

—¿Algo le ha asustado, quizá?

—No… No, no…

—Mal principio, señorita Plunke: deberíamos ser ambos más sinceros, si hemos de llegar a un entendimiento. ¿De verdad no se ha asustado?

Erika Plunke se pasó la lengua por los labios. Miró hacia los pies y la cabecera de la cama, de barrotes, a los cuales estaba sólidamente atada por las manos y los pies. Luego, volvió a mirar el terrible rostro lleno de cicatrices, casi sin labios, nariz torcida, ojo de cristal enorme…

—Me he asustado —musitó—. Pero ha sido sólo por la impresión de la primera mirada. Discúlpeme.

—Ah… Es más sincera ahora… Y muy amable. Está disculpada, ya que, por supuesto, sé muy bien que no resulto una compañía grata… Todo lo contrario que usted, obviamente. Debo decirle que sin, sin duda alguna, es la mujer más hermosa que he conocido… Y aún lo es más al natural que con los… artilugios que me he permitido quitarle: me refiero a sus lentes de contacto de color verde y a su pelirroja cabellera, así como a los rellenos de espuma de nylon que llevaba entre sus lindos dientes y las mejillas… También me he permitido despegarle las cejas postizas, señorita… Plunke.

—¿Quién es usted?

—Entiendo que tenía deseos de verme y decidí… acceder a ello.

—¿«Siberia»?

—Efectivamente. Para servirla.

—¿Para servirme? Bien… Podría empezar por soltarme, señor «Siberia». Le aseguro que mi postura no es cómoda.

El ojo negro y pequeño de «Siberia» pareció deslizarse táctilmente sobre el cuerpo de Erika Plunke, deteniéndose especialmente en la garganta, cuya piel era dorada como el mismísimo oro, y en los largos cabellos negros, ondulados; y en los grandiosos, bellísimos ojos azules…

—Comprenderá, señorita Plunke, que para soltarla en cuanto me lo pidiera, no me habría molestado en atarla.

—Claro. Lo que no comprendo en su actitud. Si no estoy equivocada, existen buenas relaciones entre usted y la CIA Y yo soy de la CIA, señor «Siberia».

—De eso no me cabe la menor duda. Sin embargo, la CIA, y usted también, por supuesto, saben perfectamente que en todos nuestros tratos, he insistido en mantener mi incógnito… Y usted ha roto ese acuerdo, señorita Plunke.

—Lo lamento de veras. Creí que usted tenía motivos muy diferentes para querer mantenerse al margen de todo contacto personal. Ahora, viendo su rostro, comprendo muy bien que no guste de ir exhibiéndose por ahí. ¿Podrá disculparme?

—Es usted una persona de extraordinaria delicadeza. Sí… ¿Por qué no? Está disculpada… casi completamente. Lo estará del todo si me da una explicación convincente respecto a su… innecesario interés por ver de cerca, personalmente, a «Siberia».

—Hay dos motivos.

—¿Uno?

—Tratar con usted respecto al asunto de los agentes de la CIA desaparecidos en Europa en los cuatro últimos años.

—Ah, sí… Francesco me habló de eso. ¿Dos?

—Saber quién era usted, obtener fotografías suyas, para colocarlas en los archivos de la CIA.

—¿Desconfían de mí?

—No. Pero siempre es conveniente saber con quién estamos tratando.

—Muy razonable su explicación, lo admito. De todos modos, no debió ir contra mi voluntad de permanecer desconocido.

—Bien… Tiene razón, lo admito a mi vez. Pero, al mismo tiempo, yo también tengo una queja contra usted: ¿por qué me seguían dos de sus hombres? ¿Para qué, si ya había pagado y yo no tenía por qué importarles lo más mínimo?

—Es toda una larga serie de precauciones que suelo tomar, y que serían largas de explicar. Bien, al parecer, ambos tenemos cosas que reprocharnos… ¿Qué le parece si lo… olvidamos todo y reanudamos nuestras relaciones de un modo más… cordial?

—Encantada.

«Siberia» asintió con la cabeza, y procedió a desatar las manos a Erika Plunke, con las suyas parcialmente quemadas, mostrando el feo muñón que marcaba la ausencia de tres dedos en la derecha. Después de soltar las manos de Erika, volvió a sentarse cómodamente, y la espía, haciéndolo en la cama, desató sus pies…, mientras sus ojos se clavaban en la pequeña cómoda que había adosada a una pared y, encima de ella, el maletín rojo con florecillas azules, así como la peluca de rojos cabellos.

—Tiene usted todas, sus cosas en ese curioso maletín —dijo reposadamente «Siberia»—, incluida su pistola. Pero debo decirle que a mí me importa bien poco morir, y que, en cambio, si usted me mata, no saldrá viva de esta casa.

Erika le miró sorprendida.

—¿Y por qué tendría que matarle, «Siberia»?

—Es una idea que se me ha ocurrido.

—No sea absurdo. A la CIA no le interesa, de ningún modo, la muerte de un colaborador como usted, por caros que resulten sus

informes. Ya le he dicho cuáles eran mis motivos para querer localizarlo, y no he mentido.

—Lo celebro de veras. ¿Vino usted en el coche de Salvatore y Enrico? Me refiero a los dos hombres a los que venció tan… ¿cómo lo diría?… tan desdeñosamente.

—Sí, vine en el portamaletas de ese coche —sonrió Erika—. Me llevé el mío, lo dejé escondido, regresé y me metí en el portamaletas.

—Muy inteligente.

—Usted no lo es menos, «Siberia»: me estaba esperando, ¿no es cierto?

—Sí. Sabía que de un modo u otro, su intención era llegar hasta aquí, hasta mí. De otro modo, su ataque a Enrico y Salvatore habría sido absurdo… Finalmente, pensé que el mejor medio de saber a dónde iban Enrico y Salvatore, era ir con ellos, y… la esperé.

—¿Me disparó una ampolla con narcótico cuando entré en la habitación de las cortinas? —sonrió ella.

—En efecto. ¿Tiene apetito?

—Pues… sí. Sí, así es. ¿Fuma usted, «Siberia»?

—No, gracias.

Erika saltó de la cama, fue hacia la cómoda, abrió su maletín, sacó un cigarrillo y lo encendió con un precioso encendedor de platino y brillantes, vuelta hacia «Siberia», que la contemplaba con suma atención, siempre mirándola de arriba a abajo, con inquietante avidez.

—¿Qué le gustaría desayunar? —susurró.

—Fruta natural o tomates crudos y un yogurt.

—Saludable elección. Dígame una cosa: ¿usted es la agente Baby?

—Sí.

—Bien.

Baby dio otra chupada al cigarrillo, fijos sus ojos en «Siberia».

—No parece en absoluto sorprendido.

—No lo estoy. Tengo ciertos datos sobre usted… A decir verdad, he estado bastante tiempo sorprendido por el hecho de que usted no tomase parte en ese asunto de los agentes de la CIA desaparecidos… Me consta que cualquier agente de la CIA es algo muy especial para usted.

—¿Cómo sabe eso?

—¿De verdad espera que se lo diga?

—Bien, en realidad me es indiferente cómo sepa esas cosas. Pero me interesa mucho que, según deduzco, esté al corriente de este asunto. Y voy a disipar su perplejidad respecto a mi no intervención en él; no teníamos pistas. Y yo sólo actúo cuando mis compañeros han encauzado el *affaire* de turno. Al no tener por dónde empezar, tenía que resignarme a no intervenir… Y, además, siempre tienen mucho trabajo para mí en la Central, en Langley.

—Sí, entiendo.

—¿Cuánto hace que sabe usted algo sobre esos agentes desaparecidos?

—Algún tiempo.

—Sin duda no ignora que la CIA le habría pagado espléndidamente esa información… ¿Por qué no nos la ha ofrecido nunca?

—El asunto es mucho más delicado de lo que usted supone, Baby.

—Toscani le habrá dicho que estamos dispuestos a pagar un millón de dólares.

—Sí… Me lo dijo. Pero no se trata sólo de dinero, esta vez. Hay unas… insospechadas facetas en todo esto que me han obligado a guardar silencio. Sin embargo, tal como están las cosas actualmente, es muy posible que usted y yo lleguemos a un acuerdo muy pronto.

—¿Un acuerdo entre nosotros? Querrá decir, supongo, entre usted y la CIA.

—No. El acuerdo será personal, entre usted y yo. A menos que usted tema… salir perjudicada.

—Yo no temo a nada ni a nadie, «Siberia».

—Esas son mis noticias… y me alegra constatarlas. Claro está, su… audacia debe aumentar cuando se trata de ayudar a uno o varios Simones, ¿verdad?

Baby entornó los ojos un instante.

—Está magníficamente informado, «Siberia»… Incluso de pequeños pormenores y detalles.

—Mi información es absolutamente siempre de la mejor, de primerísima mano, se lo garantizo. Hace ya tiempo que la CIA lo viene comprobando. Pero, por favor, no insista en saber cuáles son

mis fuentes de información.

—De acuerdo. Hablemos de su trato personal, de ese acuerdo entre usted y yo.

—Le diré algo concreto hacia el mediodía… ¿Bien?

—Bien.

«Siberia» se puso en pie.

—Iré a decirle a Aleko que prepare su desayuno… Y no tema: le ahorraré mi presencia lo máximo posible. Sé muy bien que no soy un espectáculo como para… abrir el apetito.

—A mí me tiene sin cuidado su horrible cara, «Siberia», una vez pasado el primer sobresalto natural… ¿Qué le pasó? ¿Un accidente, supongo?

«Siberia» fue hacia la puerta, cojeando. La abrió, se volvió y su ojo negro centelleó.

—Sí… Un pequeño accidente. Más adelante, si continúa sintiendo interés por mí, es posible que me decida a explicárselo. ¿Bajamos?

—Me gustaría ducharme antes. ¿Puedo?

—Naturalmente. Considérese en su casa. Cuando esté lista para desayunar, baje y vaya a la cocina, que está al fondo del pasillo. Si prefiere desayunar formalmente en el comedor, Aleko estará en todo momento a su disposición. Yo la estaré esperando en la jaula, a menos que prefiera pasear por…

—¿En la jaula? ¿Qué jaula?

—Aleko o cualquiera de la casa le dirá dónde está.

«Siberia» salió de la habitación, cerrando la puerta tras él, y Baby quedó con el ceño fruncido durante unos segundos. Apagó el cigarrillo en un cenicero, e hizo saltar en su manita el encendedor de platino y brillantes. Bien: ya tenía las fotografías del espía llamado «Siberia». Había sido relativamente fácil conseguir la primera parte de su actual misión en Europa, pero, en verdad, esta parte le importaba poquísimo comparada con la segunda, con la posibilidad de saber qué había ocurrido con los seis Simones desaparecidos, y dónde estaban… si es que todavía vivían.

Repasó el contenido de su maletín, que estaba completo No faltaba nada. La pistolita tenía sus diez diminutas balas, no había sido estropeado el mecanismo de disparo… Todo estaba allí. Es decir, que «Siberia» se permitía el lujo de tener en su guarida ni más

ni menos que a Baby, con sus uñas y dientes. ¿Consecuencia lógica de todo esto? Era indiscutible: «Siberia» no temía nada de ella. Y esta tranquilidad respecto a tener cerca de él a la más peligrosa espía del mundo sólo podía estar basada en dos puntos. Uno: «Siberia» no temía nada de ella porque podía matarla cuando quisiera. Dos: no la temía en absoluto porque la consideraba aliada, y, en efecto, estaba dispuesto a llegar a un acuerdo personal.

De los dos puntos, el único que realmente tenía sentido, era el segundo.

Lo que todavía no comprendía era aquello de la jaula… ¿A qué jaula se había referido «Siberia»?

Capítulo V

Aleko se detuvo ante la puerta, señalándola.

—Aquí es. Le gustará mucho, señorita.

Abrió la puerta y, en el acto, Baby se llevó las manos a las orejitas, tapándolas, protegiéndolas de aquel terrible escándalo de gritos, chillidos, silbidos, cantos… Entró, todavía con las manos en las orejas, y Aleko cerró la puerta tras ella, que casi tuvo que cerrar los ojos, tal era la abundancia de luz solar allí dentro, penetrando por el gran ventanal cuyas cortinas estaban descorridas. Sus ojos se llenaron en un instante de sol y de cientos, quizá miles de colores, a cual más vivo, más llamativo, más hermoso… Vio de pie a «Siberia», vuelto hacia ella, moviendo la boca, pero no pudo entender nada de lo que decía.

Ni le importaba demasiado. Atónita, se quedó contemplando la gran cantidad de pájaros de todos los colores y tamaños que saltaban de un lado a otro, cantaban, silbaban, chillaban, en una algarabía terrible, en un caos de sonidos y colores…, todos ellos dentro de la enorme jaula de oro que ocupaba el centro de la gran sala, dejando solamente a su alrededor poco más de un metro hasta la pared. Lo justo para ir pasando alrededor de la jaula circular, que brillaba al sol con nítidos reflejos áureos. Dentro de la jaula había pequeños trapecios para los pájaros, arbustos, flores, pequeños árboles que crecían en macetones adheridos al suelo. En el techo, por encima de la unión de las barras de oro de la jaula, brillaba intensa una extraña luz azul que se apagó de pronto.

Baby miró hacia «Siberia» y lo vio ante la pared, apretando ahora otro botón de la serie que había allí en un tablero, junto a la luz azul recién apagada, se encendió una roja y, en el acto, todos los pájaros enmudecieron.

Fue algo tan sorprendente que la espía tardó algunos segundos en reaccionar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—La luz azul les indica que pueden cantar. La luz roja les ordena callar. Y si alguno no la ve, sabe que debe callar cuando sus compañeros callan. ¿Le gusta?

—Es fantástico —parpadeó Brigitte—. ¡Qué colección más extraordinaria!

—Lo es, en efecto. Hay muchas clases de pájaros ahí dentro: desde el simple jilguero al más exótico pajarraco de las selvas brasileñas, pasando por los canarios, colibríes, un ave del paraíso… Véala allá.

—Todas parecen aves exóticas… ¡Qué bonitas son! ¿Y cómo es posible que obedezcan tan rápidamente a un simple cambio de luz en el techo…?

—Es cuestión de paciencia. Llevo mucho tiempo domesticando a estos animalitos. Sí… Simple cuestión de paciencia: con ella, se obliga a cantar y se obliga a callar… ¿Le gustaría entrar en la jaula?

—Bueno —rió Brigitte—. ¡No creo ser un ave exótica!

—Por el contrario… Yo creo que todos los espías somos la más extraordinaria especie de aves exóticas. ¿No está de acuerdo?

—Pues no sé… ¿Por qué dice eso?

—Somos gente rara, Baby. ¿O no?

—Quizá un poco —admitió la divina espía.

—¿Quizá un poco? ¡Somos absolutamente raros! Somos las más extrañas y exóticas aves que imaginarse pueda… Los espías que trabajamos por dinero, hacemos las mil cosas más extrañas y dispares que pueda imaginar cerebro humano. Los que trabajan por amor a la patria, o en aras a ciertos ideales, son aún más raros, porque no vacilan en jugarse la vida a veces por nada. Sé de muchos espías que han caído en su intento de conseguir algo que a ellos no les iba a beneficiar personalmente en nada. Observe al resto de la gente: llevan una vida más o menos apacible y monótona, y siempre hacen lo que se espera de ellos que hagan. Son… aves corrientes. Pero tome usted a cualquier espía, póngalo en una situación corriente de la vida y posiblemente hará lo que se está esperando que haga. Y si la situación no es de las corrientes de la vida, es absolutamente imposible predecir las reacciones de un espía… Estoy hablando, por supuesto, de espías profesionales y de cierta importancia. Nuestras mentes están… liberadas de

pensamientos automatizados. La gente normal está computada, igual que una máquina, que un cerebro electrónico: a tal situación, tal reacción. No falla nunca. Dele usted a una computadora unos datos que especifiquen, por ejemplo, que se trata de un lugar enorme, grandísimo, con hielos en el Norte, con mucha nieve en el resto, con hermosas tundras de flores en primavera… y le dará una respuesta: Siberia. Pero dele esos mismos datos a un espía, y posiblemente su respuesta sea: «No sé… ¿Acaso ha nevado en el Sahara africano?».

—¡Oh, vamos! —rió Brigitte.

—Le aseguro que es cierto. Nunca respondemos lo que esperan que respondamos, y siempre estamos pensando que pueden engañarnos, que nos están tendiendo una trampa física o verbal. Créame: los espías somos las más grandes, feas y extraordinarias aves exóticas… Aunque en su caso, sobra lo de la fealdad.

—Muchas gracias —volvió a reír Baby—. Y no vamos a discutir a nuestro exotismo, «Siberia». ¿Sabe?: ¡sí que me gustaría entrar en esta jaula de oro! Aunque… espero que no sea una especie de celda, de la cual nunca se pueda salir.

«Siberia» lanzó una exclamación de triunfo.

—¿Lo ve? Cualquier persona, habría entrado o no habría entrado en la jaula, pero jamás habría pensado que podía ser una celda para ella. Sin embargo, usted, una espía, ha pensado en el acto que, igual que están presos los pájaros, podría estar presa usted… ¿Se da cuenta del exotismo, Baby?

—De acuerdo, de acuerdo… ¿Por dónde se entra?

—Venga —«Siberia» se colocó en una parte donde los barrotes gruesos como un dedo pulgar mostraban una doble moldura en la sección de soporte—. Colóquese aquí y entre en seguida cuando yo abra. Los pájaros grandes no creo que intenten salir, pero los pequeños aprovechan cualquier agujero… Por eso tengo esa fina malla al otro lado de los barrotes…

—¿También es de oro, como toda la jaula?

—Oh, no… No es de oro. Son barrotes de hierro corriente, a los que mandé aplicar un baño de oro, simplemente. La malla sí es de oro.

—Ah… Bueno, realmente, si esta jaula fuese de oro macizo valdría una fortuna.

—En efecto… Me entretuve un día en calcular lo que valdrían estos barrotes si en lugar de ser de hierro bañado en oro fuesen de oro macizo. Me parece que me dio una cifra de alrededor de cinco millones de dólares… Algo así. Atención, voy a abrir.

Apretó otro botón del tablero y una sección de barrotes se desplazó hacia un lado. Baby entró rápidamente, «Siberia» volvió a apretar el botón, y la sección de barrotes volvió a su lugar.

La más exótica ave del mundo acababa de entrar en la jaula de oro.

«Siberia» se colocó de nuevo ante los barrotes, contemplando fijamente a la bellísima espía, que acercaba la mano a un feo tucán arisco, el cual se alejó de un salto hacia una rama superior…

—Y ya que hemos mencionado la cantidad de cinco millones de dólares —deslizó «Siberia»—, me imagino que sabe que eso es exactamente lo que ofrece la MVD rusa por usted, Baby.

Brigitte se volvió despacio, todavía con una mano alzada hacia otro pájaro exótico.

—Sí —dijo—. Lo sé muy bien.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que puedo haberla hecho entrar en la jaula para retenerla ahí hasta que, a mediodía, lleguen unos agentes rusos con cinco millones de dólares para mí?

—No.

—¿De veras? Es usted sumamente confiada, según parece.

—Soy desconfiada como una zorra, «Siberia». Pero he tenido tiempo de reflexionar y he llegado a una conclusión que quizá le interese.

—¿Qué conclusión?

—Usted, efectivamente, espera llegar a un acuerdo personal conmigo. Más claramente: hacia el mediodía, sabrá si necesita de mi colaboración personal o, por el contrario, puede pasar sin ella. Algo no le va bien a usted y, habiendo oído muchas cosas de mí, espera que le solucione algún problema.

—Es usted asombrosamente lista, Baby.

—No —sonrió ella—. Sólo soy… un ave exótica que usted ha decidido mantener en libertad, Y tal decisión sólo puede ser debida a que, pese a mí… bello plumaje, usted considera que voy a serie más útil fuera que dentro de la jaula. ¿Por qué no hablamos ya claramente, «Siberia»? Ni usted ni yo somos tontos… ¿A qué perder

más tiempo?

Se acercó a otro pajarraco multicolor, tendiendo la mano, pero el ave se apresuró a ponerse fuera de su alcance. Brigitte miró de nuevo a «Siberia», con gesto interrogante.

—Muy bien —asintió éste—. No perderemos ya más tiempo. Dos de mis amigos están a punto de salir de Amberes… si tienen suerte. Al parecer, han sido detectados por un grupo de agentes que suponemos son de la Alemania Oriental…

—¿Esos dos amigos suyos han conseguido, quizá, alguna de esas informaciones que luego usted nos vende?

—Sí. Pero, pueden suceder dos cosas. Una de ellas, que no puedan salir de Amberes. Otra, que logren romper el cerco, tomar el avión que tienen asignado…

—¿Avión particular?

—No. Línea regular de vuelo. Si logran tomar ese avión, llegarán esta tarde a Capodichino, el aeropuerto napolitano. Pero, mucho nos tememos que aunque consigan escapar de Amberes, cosa que parece muy probable, los estén esperando en Capodichino.

—¿Más agentes de la Alemania Oriental?

—Por supuesto.

—Entiendo. Parece que el asunto es grave, y usted teme que esos dos amigos suyos, aunque lleguen a Nápoles, jamás lleguen aquí… Por cierto: ¿dónde estamos exactamente?

—En Sorrento.

—¡Oh! Tengo entendido que es un maravilloso lugar, muy romántico. He perdido ya la cuenta de las veces que he estado en Italia, pero, ¿querrá creerme?, todavía no había estado en Sorrento… Dígame: ¿usted pretende que yo salve a sus dos amigos de las garras de esos agentes de Alemania Oriental que seguramente los estarán esperando en Capodichino?

—Sí. Exactamente eso es lo que iba a pedirle para… iniciar nuestro trato.

—Ya. ¿Y sus hombres? ¿Por qué no se ocupan ellos de proteger a sus amigos?

—¿Y quién protegerá a mis hombres?

—¿Cómo?

—Vamos —gruñó «Siberia»—. Usted los conoce. Son mediocres para seguir a alguien y pésimos a la hora de pelear. Usted los dejó

fuera de combate sin esfuerzo alguno.

—Sin embargo, los ha estado utilizando hasta ahora, ¿no?

—Sólo para pequeñas cosas. Básicamente, para entregar mis confidencias a los enviados de la CIA.

—Y para seguir luego a esos enviados de la CIA ¿Con qué objeto?

—El único objeto de seguir a los agentes de la CIA era asegurarme de que ellos no seguían a quien yo enviaba, simplemente. Y esa ha sido una labor que hasta ahora había realizado yo personalmente.

—¿Usted? No diga estupideces, «Siberia»; usted no puede ir por el mundo sin que haya una sola persona que deje de mirarlo. No es la persona adecuada para…

—Le diré que usted no es la única que sabe disfrazarse.

—Ya —Brigitte entornó los ojos—. Sí, entiendo. Según parece, sus hombres son unos pobres diablos, aptos solamente para cosas sencillas y sin riesgo. Y usted, convenientemente disfrazado para no llamar la atención, ha sido hasta ahora el que ha seguido a los agentes de la CIA que acudían a la cita a comprar sus confidencias, para asegurarse de que no eran los de la CIA los que, tras la compra, seguían a Toscani o al enviado de turno.

—Exactamente.

—Bien… ¿Y por qué esta vez, en lugar de ir usted a cumplir ese cometido, fueron Enrico y Salvatore?

—Porque yo no podía desatender la radio que tengo en la casa, ya que debía dirigir el regreso de mis dos amigos, que se les ha complicado. Tenían que haber llegado ayer, y ya ve: aún los estamos esperando… Y temiendo que no lleguen. Precisamente por estar yo ocupado es por lo que esta vez cité al enviado de la CIA, o sea usted, en Nápoles, cerca de aquí, para evitarles complicaciones a mis hombres.

—Sí, sí, comprendo… ¿Es importante lo que esos dos amigos que ahora están en Amberes van a traerle?

«Siberia» tardó bastante en contestar, ronca la voz:

—Mucho. Muy importante, si.

—¿Por qué no se comunica con ellos por la radio y les dice que recurran a otro medio de viaje?

—Ya no puede ser. Si no toman ese avión de Amberes, no

podrán salir del aeropuerto. Y, para que caigan allí, prefiero que al menos lleguen a Capodichino, donde quizá consigamos si no salvarles a ellos, sí recoger lo que traen para mí.

—Qué compasivo es usted, «Siberia»…

—Nuestro juego es muy serio, Baby. A veces, hay que tomar esta clase de decisiones.

—Lo sé —admitió Brigitte—. Dígame, «Siberia»: ¿cómo se metió usted en estos asuntos? ¿De dónde procede? ¿Cuál es, realmente, su objetivo en la vida?

—Son tres preguntas a cuál más interesante… Le prometo contestarlas en el momento oportuno. Mientras tanto: ¿cuento con usted para solucionar mi problema actual?

—¿A cambio de mi ayuda me facilitaría usted toda la información que posee sobre mis seis compañeros desaparecidos en cuatro años en Europa?

—Sí.

—De acuerdo.

—No va a ser fácil…

—He dicho «de acuerdo». ¡Oh!, este es un jilguero, ¿verdad?

Convencida de que tampoco esta vez iba a conseguir su propósito, Baby acercó la mano al pequeño pájaro, que permaneció inmóvil. Sorprendida, la espía se encontró con el pajarillo en la mano, notando, bajo el fino plumaje, los rapidísimos latidos del pequeño corazón asustado: el jilguero emitió un leve piulido y eso fue todo.

—Pobrecito —sonrió Brigitte, acariciándole la cabeza—. No comprendo por qué se deja coger si ha de asustarse tanto.

—No la ha visto —dijo «Siberia».

—¿No me ha visto? —rió Baby—. ¡Oh, vamos, «Siberia»!

—Es ciego.

—¡Oh! —gimió la divina—. ¡Oh, pobrecito…!

—Así cantan mejor.

—¿Qué dice?

—Que estos pajarillos cantan mejor cuando están ciegos. Por eso les quemé los ojos.

Brigitte se irguió, como si acabase de recibir un bestial latigazo Su rostro quedó lívido y la mano que encerraba entre los suaves dedos al jilguero tembló un instante. Alzó más al diminuto ser, para

mirarle los ojos. Parecían normales… Lo depositó cuidadosamente en una rama, y tomó un canario de un hermoso tono amarillo, que sólo reaccionó cuando los dedos lo aprisionaron dulcemente, comenzando a temblar. También parecía tener los ojos normales, pero, bien mirados, había en ellos como una… ligera capa de celuloide de un tono entre gris y azul clarísimo.

—Todos estos pequeños cantores están igual, ciegos —siguió diciendo «Siberia»—. Sus cantos son deliciosos así. Pero no crea que les queme los ojos directamente, no… Solamente les fui pasando muy cerca unos delgados hierros al rojo vivo, que poco a poco los fueron dejando ciegos. Ni siquiera sufrieron.

Brigitte dejó también al canario y, pálida como un cadáver, se volvió hacia «Siberia». En silencio, le estuvo contemplando fijamente durante unos segundos, como si tuviera necesidad de grabar para siempre en su mente aquellos horribles rasgos que incluso habían perdido la apariencia de humanos.

Por fin, se acercó a la sección que se abría y quedó allí, siempre en silencio, siempre fijos sus ojos azules, helados como el más sombrío hielo siberiano, en el ojo negro de «Siberia».

—Abra —dijo por fin, con voz ronca—. Y ojalá encuentre alguna vez su jaula de oro, como la han encontrado ellos.

Capítulo VI

En el claro día primaveral, se veía Nápoles a lo lejos e incluso el Vesubio. El cielo tenía un tono tan diáfano que parecía un hermoso cristal teñido de azul; también el mar mostraba su más hermoso tono azul, tranquilo, transparente, refulgente. Hacia su izquierda, la isla de Capri, que tan lejanos recuerdos traía a su mente.

Sí. Eran muchos años de espionaje, muchos años de ser… un ave exótica. Durante todos aquellos años, la agente Baby había vivido terribles aventuras, muchas de ellas auténticamente estremecedoras. Pero, posiblemente, muy pocas veces se había sentido tan deprimida como entonces. Un problema por resolver y, además, aquellos pajaritos ciegos… «para que cantasen mejor». *Sus cantos eran deliciosos cuando estaban ciegos*. ¿Qué clase de ser era «Siberia»? Físicamente monstruoso, desde luego. Y, al parecer, moralmente no era mucho mejor. Su espíritu debía ser tan horrible como su rostro. ¿Era un loco? ¿Un sádico? Durante aquellos años, la espía internacional había conocido a toda clase de gente, pero nunca a nadie que se mostrase complacido por el canto de unos diminutos, temblorosos, indefensos animalitos a los cuales había dejado ciegos.

Su primer impulso cuando «Siberia» le abrió la jaula había sido matarle de un golpe. Pero la detuvo el pensamiento de que aquel hombre podía proporcionarle una pista respecto a las desapariciones de seis agentes de la CIA que, por supuesto, eran más importantes que unos cuantos jilgueros y canarios… ¿O no? La importancia de los diversos seres de la Creación era siempre muy relativa. ¿Por qué un hombre vale más que un jilguero? Sin duda, porque el hombre lo ha decidido así. ¿Pensaría lo mismo la compañera del jilguero? ¿De verdad el Hombre era el ser más importante de la Creación? ¿Por qué? ¿Por qué tenía que serlo? Desde luego, era el más poderoso, pero… ¿era también el más importante? ¿Tenía derecho a quemar los ojos de un jilguero sólo

porque sus cantos eran deliciosos cuando estaban ciegos?

Baby alejó sus filosóficos pensamientos cuando vio venir, procedente de la casa, al mortificado Enrico, cuya memoria era tan buena que le impedía olvidar que aquella mujer que tenían que considerar como huésped de honor, lo había vencido en un abrir y cerrar de ojos.

Miró su relojito. Las doce y cincuenta y dos minutos.

—«Siberia» quiere verla —dijo Enrico, cuando llegó ante ella, a la playa.

—Me parece que no he entendido bien, Enrico —sonrió secamente la mejor espía del mundo.

—«Siberia» quiere verla.

—Sigo sin entender… ¿Cómo dice?

Enrico enrojeció violentamente.

—Dice «Siberia» que tenga la bondad de reunirse con él en la casa, si le parece a usted bien.

—Ah… ¿Ve? ¡Ahora sí le he entendido perfectamente! Dígale a «Siberia» que iré a la casa dentro de unos minutos, cuando haya terminado de tomar el sol.

Enrico abrió la boca, contempló aquella azul mirada, directa, sarcástica, y debió pensar que lo mejor era volver a cerrar la boca. Así lo hizo, dio media vuelta y regresó a la villa. Durante cinco o seis minutos más, Baby permaneció tendida al sol, en sujetador y pantaloncitos. Luego se incorporó, se puso el vestido, cogió los zapatos, y echó a andar hacia la casa.

Cuando entró en aquel pequeño salón sombrío, tétrico, lúgubre, las miradas de todos los reunidos se clavaron hoscamente en ella. «Siberia» estaba sentado en su sillón, de cara a la puerta, y su ojo negro pareció estremecerse al verla.

—Han salido de Amberes —dijo—. Llegarán dentro de cuatro horas, aproximadamente, a Capodichino. Creo que debemos dedicarnos ahora a estudiar el mejor modo de recibirlos y apoyarlos para que nada les suceda.

—Si me ha llamado para eso, pudo ahorrarse la molestia: ya lo tengo todo decidido.

«Siberia» parpadeó, como si estuviese haciendo señales con su ojo de cristal de tono azul. Enrico, Salvatore, Toscani y Aleko se quedaron mirándola impresionados. Nadie dijo nada, hasta que

«Siberia», como de mala gana, deslizó.

—Quizá no recuerde usted que le dije que los estarían esperando unos cuantos agentes de la Alemania Oriental, Baby.

—Mi memoria es superior a la de cualquier cerebro electrónico. Nunca olvido nada.

—¿Piensa hacer frente a esos agentes enemigos?

—Enemigos suyos, no míos —aclaró Brigitte—. No. No pienso hacer frente a nadie. Eso está al alcance de cualquiera que sepa apretar un gatillo.

—Según parece, tiene usted alguna idea interesante.

—Mis ideas son siempre interesantes. Y en esta ocasión, además, es de una simplicidad admirable.

—Bien… ¿Cuántos hombres necesita?

—Uno.

Hubo algún respingo, cambios de miradas incrédulas, expresiones atónitas.

—¿Uno? —exclamó Toscani—. ¿Está loca? ¡Por lo menos habrá cuatro o cinco agentes de Alemania Oriental esperando ese avión!

Brigitte miró amablemente a Francesco Toscani.

—Usted vendrá conmigo —dijo; miró a «Siberia»—. Estaremos de vuelta a las siete.

* * *

A las siete menos un minuto de la tarde, Aleko entró precipitadamente en el tétrico salón.

—¡Están aquí! —Casi gritó—. ¡Acaban de llegar, señor!

«Siberia» hizo girar el sillón, enfrentándose a su criado de confianza.

—¿Los cuatro? —musitó—. ¿Baby, Francesco, Amadeo y Sentha?

—Sí, señor, los cuatro. Todos llegan bien, al parecer.

—¿Al parecer? ¿Qué quieres decir?

—Bueno… Todos están dormidos, excepto Baby. Ella…

—Despertarán dentro de una hora, aproximadamente —se oyó la voz de Baby, detrás de Aleko, en la puerta—. Todo ha ido bien, «Siberia». Sólo tenemos que esperar, ahora.

«Siberia» movió su mano mutilada en dirección a Aleko.

—Retírate —dijo—. Espera… ¿Quiere algo para beber, Baby?

—De usted, «Siberia», sólo quiero determinada información cuando sus amigos hayan despertado. Habré cumplido mi parte, y usted deberá cumplir la suya.

El horrendo personaje hizo una seña a Aleko, que se retiró definitivamente. Brigitte fue a sentarse en otro sillón, encendió un cigarrillo, y dejó el maletín rojo con florecillas azules junto a ella.

—Entonces… ¿su plan ha dado resultado? —murmuró «Siberia».

—Naturalmente.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro. Un número ideal.

—¿Cómo ocurrió?

—Bien… Sus amigos llegaron a Capodichino sin novedad, pasaron la aduana normalmente y salieron del edificio del aeropuerto. Eran fáciles de identificar: un hombre joven y apuesto y una mujer de mediana edad, rubia color paja, con lentes, poco agraciada… Parece inglesa, ¿no?

—Quizá sea inglesa —susurró «Siberia»—. ¿Qué más?

—Toscani acudió al encuentro de ellos, con el coche grande. Los amigos de usted subieron al coche y, apenas lo habían hecho, aparecieron los cuatro agentes de Alemania Oriental. Desde mi coche, comprendí en seguida que les estaban amenazando con armas. De acuerdo a mis instrucciones, Toscani no opuso resistencia. Así que, en el coche grande, salieron del aeropuerto sus dos amigos, Toscani y los cuatro agentes alemanes… Debo admitir que, por esta vez, Toscani ha sido puntual y efectivo; a mitad de camino hacia Nápoles debió decir que se encontraba mal, así que el coche, que conducía uno de los cuatro alemanes, se salió de la pista, se detuvo… Entonces, Toscani apretó con sus rodillas las tres ampollas de gas que llevaba sujetas con esparadrapo en una de ellas. Un segundo después, todos estaban dormidos dentro del coche. Fui allí con el mío y, cuando estaba sacando a Toscani, se detuvieron un par de coches más fuera de la pista. Les rogué que me ayudasen a trasladar a tres de los intoxicados a mi coche y les dije que alguien llevase a cualquier hospital a los otros cuatro. Supongo que en estos momentos están siendo objeto de gran atención por parte del personal médico… Divertida situación para cuatro espías. En cuanto a sus amigos, los tiene usted ahí fuera.

—Alguien debió tomar la matrícula del coche de usted.

—Por supuesto. Pero el coche fue alquilado hace dos días en Nápoles.

—Sabrán que lo alquiló una tal señorita Erika Plunke.

—Que busquen a Erika Plunke.

—Encontrarán el coche, tarde o temprano.

—Más bien tarde… Cuando todo esto haya terminado, usted haya solucionado sus… problemas y, posiblemente, yo esté ya camino de Washington.

—Debemos suponer que vigilarán los aeropuertos para encontrar a la señorita Plunke.

Baby se quitó la peluca de rojos cabellos, las microlentillas de color verde, los rellenos de la boca, y lo metió dentro del maletín, sonriendo secamente.

—Que busquen cuanto quieran a Erika Plunke —dijo.

—Bien —pareció sonreír «Siberia»—. No tengo más remedio que admirarla, Baby. Ha resuelto con extraordinaria sencillez un asunto que me tenía preocupadísimo.

—Es sólo cuestión de talento: a mí me sobra.

—Evidentemente.

—Podríamos simplificar las cosas, «Siberia»: vaya usted a ver a sus amigos, convénzase de que están bien, y terminemos: dígame lo que quiero saber…

—No todavía. Un trato es un trato, Baby. Si están dormidos, nada adelantamos precipitándonos. Esperaremos a que ellos despierten y Aleko los traiga aquí.

* * *

Faltaban unos minutos para las ocho de la noche, cuando reapareció Aleko en silencio. Se colocó a un lado de la puerta, y en seguida entró Francesco Toscani. Luego entraron Amadeo Ballarini y Sentha Flynn. Ballarini era un hombre hermoso, alto, de aspecto inteligente y mirada risueña; parecía todo un caballero. Sentha Flynn casi parecía una vieja fregona desgreñada, de rostro huraño, escasos cabellos de color paja, boca pequeña y hostil, gruesa la figura, grande la nariz… Algo parecido a una morsa fea y de genio pésimo. Fue la primera en hablar.

—Por lo menos, hemos salido con bien de todo esto, señor

Kronen —dijo con áspero acento británico—. De todos modos, debo recordarle que usted me ofreció toda clase de garantías.

—No parece que haya usted sufrido mal alguno, doctora —replico suavemente «Siberia».

—No… No he sufrido mal alguno. Pero he comprendido que no todo ha sido tan fácil como me aseguró su enviado.

—Lo lamento.

—¿Lo lamenta? Bien, quizá no lo ha comprendido todo con la misma claridad que yo. Algo ha pasado, de modo que no podré volver a Inglaterra, a ocupar mi puesto en los laboratorios del Ejército que…

—Le presento a la agente Baby, de la CIA —dijo rápidamente «Siberia».

Sentha Flynn dirigió una mirada breve, fría, a la espía internacional.

—Me parece que he oído hablar de ella. Pero no creo que eso importe ahora. Lo que importa…

—Lo que importa es que usted ha llegado sana y salva aquí, doctora Flynn —volvió a cortar «Siberia».

—He llegado aquí, pero ya no podré volver a Inglaterra jamás. El MI5, no sé cómo, supo lo que yo estaba haciendo, así que tuvimos que salir de allí hacia Amberes, de cualquier manera, en lugar de salir directamente desde Londres hacia Nápoles. Toda esta serie de contrariedades…

—Serán resueltas económicamente, no se preocupe. Quisiera hacerle comprender, doctora, que la agente Baby no forma parte de mi grupo, sino que es una… especie de observadora y colaboradora… forzada.

—O sea, que debo callarme.

—No debió usted haber dicho una sola palabra, para ser más exactos.

—Bien… No creo que ella haya entendido nada…

—Ni una palabra —sonrió secamente Brigitte—. Vamos, quiero decir que he entendido muy poca cosa.

—¿Qué poca cosa ha entendido usted? —se interesó «Siberia».

—Al parecer, esta… dama es una científica que trabaja para el Ejército inglés. Imagino que conoce determinada fórmula y que su apuesto amigo Amadeo la ha estado «trabajando» hasta convencerla

de que le vendiese a usted esa fórmula. Finalmente, la convenció; la doctora aceptó robar esa fórmula por determinada cantidad, y así lo ha hecho. Pero, mientras tanto, el MI5 británico se ha olido algo y se ha lanzado detrás de la doctora Flynn. Como consecuencia de esto no pudieron venir directamente a Nápoles desde Londres, sino que tuvieron que trasladarse a Amberes. Desde allí, pese a la alarma emitida por el contraespionaje británico, Amadeo y la doctora Flynn han podido tomar un avión que, finalmente, los ha depositado en Capodichino, Nápoles, Italia. Como quiera que el MI5 tiene merecida fama de buen olfateador estaban esperando, posiblemente entre otros muchos lugares, en Capodichino. Entonces, comprendiendo la gravedad de la situación, usted pensó que una espía de tan… merecida fama como la agente Baby podía sacarle las castañas del fuego e inventó una mentira ingenua respecto a que quienes perseguían a la doctora Flynn y al apuesto Amadeo eran los alemanes del Este, es decir, comunistas, enemigos naturales del imperialismo americano. Así que, en efecto, gracias a mi ayuda, usted ha burlado la vigilancia continental del MI5, tiene aquí a la doctora Flynn, y ahora ella le facilitará, a cambio de dinero, alguna fórmula de esas que, normalmente, vende usted luego a la CIA con un margen muy sustancioso de beneficios, naturalmente. Pero la doctora Flynn ya no podrá volver a Inglaterra, puesto que su traición ha sido descubierta. Así que, o bien usted le pagará más de lo prometido, a fin de que se oculte bien por el resto de su vida, o la matará una vez tenga la fórmula en cuestión. Yo más bien creo que la matará… No me fío de un ser que quema los ojos a los pájaros. ¿Me he dejado algo?

Todos los presentes estaban petrificados por el estupor, casi espantados.

—¿Eso es lo *poco* que ha podido entender usted? —deslizó «Siberia».

—Admito que no soy demasiado lista. Sé de alguien que posiblemente habría obtenido mejores conclusiones que yo. Me refiero a Número Uno.

«Siberia» respingó fuertemente.

—¿Conoce a Número Uno? —exclamó.

—Ligeramente. ¿Y usted?

—He oído hablar mucho de él… Es una especie de rival en los

negocios.

Para sorpresa de todos, Baby se echó a reír, en el colmo de la diversión.

—¡Jamás oí nada tan chocante! —exclamó, sin dejar de reír—. ¡Usted es un cretino, «Siberia»! En cuanto a intereses de espionaje, quizá ustedes sean rivales. Pero, ¡vamos! —rió de nuevo—, usted no tiene la menor semblanza con Número Uno. Ni en aspecto, ni en inteligencia, ni en coraje, ni en recursos… ¡En nada! Es… es como comparar a un gusano con un león. ¡Usted es el más grande cretino que jamás he conocido, se lo aseguro! ¡Buen Dios! ¿Cómo se atreve usted, gusano canalla, a compararse con un hombre que…?

¡Clock!

El culatazo propinado por Toscani en la cabeza de Baby fue tan fuerte que ésta cayó de rodillas. Apoyó las manos en el suelo, comprendiendo demasiado tarde que, dominada momentáneamente por la ofuscación, había descuidado la vigilancia a su alrededor… Sacudió la cabeza, metió la mano derecha bajo su falda, en busca de la pistola…

¡Clock!

Cien millones de estrellas de todos los colores brillaron fugazmente dentro de la cabeza de la divina espía, mientras caía de bruces ante los pies de «Siberia».

Luego, la oscuridad absoluta.

Capítulo VII

La primera sensación fue terrible.

Era como si mi millón de martillos estuviesen golpeando a la vez en su cabeza.

Luego, lentamente, fue comprendiendo que lo que recibía no eran golpes, sino ondas sonoras que parecían realmente impactos realmente físicos en su dolorida cabeza. Ondas sonoras…

Abrió los ojos y vio encima de ella una iluminación azul, confortable, agradable. En seguida, cerró los ojos, porque tan sólo aquella luz tan suavemente matizada le había producido un dolor intensísimo.

Y seguían llegando las ondas sonoras.

Lo comprendió muy pronto, pero quiso asegurarse. Despacio fue abriendo los ojos… y, en efecto, comprobó muy pronto que estaba en la jaula de oro para aves exóticas, las cuales, por encima de ella, chillaban, cantaban y graznaban como si se hubiesen vuelto locas. Se sentó en el pulido suelo de la jaula de oro y se tapó las orejas con las manos. Era terrible, terrible… Si no las hacía callar, su cabeza iba a estallar de un momento a otro.

Por fin se puso en pie y fue hacia la parte de la jaula que quedaba enfrente del tablero de botones de mando. Sólo que la malla finísima de oro que impedía que escapasen los jilgueros y los canarios ciegos, impedía también el paso de su mano. Además, la distancia hasta los botones también era excesiva desde dentro de la jaula.

Miró a su alrededor, buscando una solución, un recurso. Los oídos estaban recibiendo una cantidad y frecuencia de sonidos como pocas veces en su vida, y se le hacía más y más difícil soportarlos a cada segundo que pasaba… De pronto, su mirada quedó fija en uno de aquellos pequeños árboles colocados en macetones que había dentro de la jaula.

¿Por qué no?

Fue hacia el árbol, lo examinó, eligió una rama, la asió con ambas manos y dio un tirón hacia abajo, seco, fuerte. La rama chascó y quedó separada del tronco. A toda prisa, Baby la fue despojando de las demás ramas cada vez más pequeñas, hasta que tuvo una vara de unos sesenta centímetros aproximadamente, una vez cortada la parte más delgada y flexible.

Con la parte gruesa, o sea la que había estado unida al tronco, golpeó fuertemente la malla de oro. Al tercer intento, los finos hilos dorados se rompieron, dejando abierto un boquete, que la espía ensanchó inmediatamente. Luego, pasó la mano armada con la vara, hacia el control de botones. Vaciló un instante, apretó uno… y la luz azul desapareció del techo, siendo sustituida automáticamente por la luz roja.

En el acto, silencio.

Silencio absoluto.

Brigitte lanzó un suspiro, giró la cabeza hacia el interior y sonrió a las exóticas aves.

—Sois muy escandalosos —regañó—. Y muy mal educados: sólo tenéis que cantar de uno en uno, amiguitos.

Descargada ya su pensión, volvió a fijar la mirada en el control de botones. Había doce, de modo que no era fácil elegir, pues «Siberia», al oprimir el que abría la jaula había estado de espaldas a ella, ocultando los botones…

Sólo había una solución: ir apretando botones con la punta de la vara.

Apretó uno, pero lo único que sucedió fue que en el techo, en la unión con las paredes, se encendieron unos tubos de calor infrarrojo, por supuesto destinados a proporcionar el calor adecuado a aquellas aves en todo momento, ya que la mayoría de ellas, por no decir todas, eran tropicales.

—Eres muy considerado, «Siberia» —masculló Baby.

Apretó de nuevo aquel botón y los tubos de calor se apagaron. Apretó otro…

… Y el suelo desapareció bajó sus pies. Toda la circunferencia del piso por el interior de la jaula giró como una moneda sostenida por un hilo tenso atado a los extremos del diámetro. Hubo revoloteo de aves, graznidos, chillidos de aquellos bellos pajarracos al

elevarse inmediatamente, por instinto, cuando los pequeños árboles y los arbustos describieron aquella vuelta completa, hasta que la circular plataforma, tras el veloz giro, volvió a quedar como antes… Es decir, de nuevo todo normal, los árboles arriba, los pájaros colocándose de nuevo en las ramas… Era como si no hubiese pasado nada.

Pero abajo, a más de tres metros por debajo del nivel del piso de la jaula, sumida en la más densa oscuridad, la espía internacional acababa de darse el más espantoso batacazo de su vida, hasta el punto de que casi perdió el conocimiento. Su ya dolorida cabeza recibió otro golpe tremendo, que resonó en su interior como un cañonazo. Solamente la milagrosa suerte de Brigitte la salvó de romperse una pierna, pero la sacudida en ella y en los riñones fue tan fuerte, tan dolorosa, que durante tres o cuatro minutos permaneció inmóvil, casi sin aliento, zumbándole la cabeza. En circunstancias ordinarias, podía arreglárselas para salvar decorosamente aquella altura, ciertamente. Pero, desprevenida, había caído tan mal que el solo hecho de estar viva merecía un grito de júbilo.

Por fin, lentamente, se puso en pie gimiendo, tendiendo las manos a ambos lados en busca de algo en que apoyarse. Tuvo que dar un par de pasos hasta encontrar una pared a su derecha. Tanteando, la fue siguiendo hasta que la mano se hundió en un hueco.

Se detuvo, y ahora con ambas manos estuvo buscando un nuevo apoyo. Lo encontró en seguida a ambos lados. Al parecer, era la entrada a un nuevo pasillo, mucho más estrecho. Quiso penetrar por él, y su pie adelantado tropezó con una pared. No. Era un escalón Lo subió, se inclinó y tocó el suelo. Sí. Eran escalones ascendentes.

Despacio, siempre llevando las manos por delante, los fue subiendo, contándolos. Al llegar a la cuenta de once sus manos tocaron techo, al parecer. Tras unos segundos de reconocimiento manual se convenció: allí terminaban las escaleras. Lo cual era tanto como indicarle que, encima de ella, tenía que haber una salida. Las escaleras no se hacen para llegar al techo, sin más objetivo. Con toda seguridad, pues, por encima de ella debía tener una trampilla o algo análogo.

Colocó las manos adecuadamente para empujar hacia arriba, dio

un impulso lento, pero fuerte… y el techo no se movió. De pronto quedó inmóvil, aguzando el oído.

Sí.

Estaba oyendo voces Subió lo máximo que pudo, ladeó la cabeza y aplicó una orejita al techo. Tenía un oído tan fino que seguramente habría oído incluso el vuelo de un moscardón al otro lado de la trampilla, por encima de ella…

* * *

—… Definitivamente —gruñó «Siberia»—. Yo creo, doctora Flynn, que doscientos mil dólares es un precio más que razonable por lo que usted ha traído de esos laboratorios del ejército. Tenga en cuenta que mi oferta fue de cien mil: es decir, que le voy a pagar el doble.

—No debería protestar más —intervino el elegante Amadeo Ballarini—. Cuando fui a verla a Londres, usted aceptó cien mil. Se le van a pagar doscientos mil, doctora.

—Usted no se meta en esto —le miró torvamente Sentha Flynn—. No es más que un sicario de este hombre.

Ballarini abrió la boca, en un gesto violento, pero «Siberia» le hizo un gesto y el bello italiano enmudeció. Estaban en el saloncito tétrico «Siberia», Sentha Flynn, Toscani y Ballarini, así como Aleko, que servía bebidas.

—Mire, doctora —continuó siendo amable la voz de «Siberia», nosotros no hemos tenido la culpa de este fallo. Es cierto que usted no va a poder volver a Inglaterra, y que deberá cuidarse en lo sucesivo, pero la culpa es exclusivamente suya…

—¿Mía? —vociferó Sentha Flynn.

—Evidentemente, usted no fue lo bastante… discreta al robar lo que a mí me interesaba, y por eso despertó sospechas del servicio de contraespionaje británico colocado en los laboratorios. ¿No quiere admitir eso?

—Hice las cosas lo mejor que pude —gruñó ella.

—No discuto eso. Pero comprenda que mi actitud de pagarle el doble de lo convenido es más bien generosa, si tenemos siempre presente que el fallo fue de usted. Por mi parte, debo decirle que se fallo me ha perjudicado considerablemente…

—¿En qué?

—En primer lugar, en cien mil dólares de más que estoy dispuesto a darle. Pero yo diría que casi más importante que ese pequeño quebranto económico, está el hecho de que su… pequeño fallo ha trastornado por completo todo mi sistema de operar. La agente Baby fue enviada por la CIA para comprarme ciertos informes. Pues bien, en lugar de citarla lejos de Nápoles, tuve que hacerlo en esa ciudad, ya que al no poder ir yo a seguirla después de la entrevista con mi enviado, tuve que enviar a dos hombres que posiblemente podría necesitar. Mientras esos dos hombres lo hacían todo del peor modo posible, hasta el punto de que Baby llegó aquí, cosa que no me interesaba, yo tenía que estar pendiente de la radio, comunicándome con Amadeo, esperando noticias, dándole instrucciones, organizando desde aquí el viaje de ustedes dos, recurriendo a otros hombres que trabajan para mí en Londres y Amberes… ¿Se da cuenta? Todo, por un pequeño fallo de usted.

—De todos modos, no ha perdido gran cosa —murmuró Sentha.

—¿Eso piensa? Pues lamento discrepar de usted. De no haber sido por las contrariedades que ha creado todo este asunto, yo habría seguido a Baby en Nápoles, y a estas horas es posible que tuviera en mi poder interesantísimos datos imprescindibles para poder seguir trabajando.

—No le comprendo.

—Bien, de todos modos, eso es cosa aparte. Acabemos: ¿está de acuerdo con los doscientos mil?

—Supongo que no tengo otro remedio.

—Francamente, no.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuándo quiere que prepare ese gas?

—Si ha traído todo lo necesario, inmediatamente… Supongo que no habrá error en esa fórmula robada por usted al Ejército inglés, doctora Flynn.

—Ningún error. Está considerada como *Most Secret*, y es una de esas invenciones que calificarían de criminal de guerra al ejército que la utilizara.

—Espléndido —rió agudamente «Siberia»—. ¡Espléndido en verdad! ¿Puede empezar ahora mismo?

—Sí.

—Pues adelante. ¿Cuánto calcula que tardará en tener lista una

carga adecuada de ese gas bacteriológico?

—No sé, no conozco bien la fórmula. Lo mismo puedo tardar un par de horas que un par de días.

—Apenas son las diez de la noche —musitó «Siberia»—. Lo ideal sería que tuviese usted esa… bomba antes del amanecer.

—Haré lo posible.

—Bien Aleko la llevará al lugar de la casa que usted prefiera para instalar sus cosas y empezar a trabajar. Luego, Aleko, llamas a Salvatore y Enrico, y les dices que pasen la noche junto a la doctora, preparados para proporcionarle todo cuanto ella pueda pedirles.

—Sí, señor.

—Supongo que está cansada y todavía nerviosa —miró el siniestro personaje a Sentha Flynn—, pero en cuanto termine este trabajo, ya no tendrá que trabajar nunca más, doctora.

—Doscientos mil dólares no es una fortuna para toda la vida, señor Kronen, me parece —replicó ella, un tanto mordazmente.

—Yo creo que sí… Se asombraría usted lo bien que puede vivir el resto de sus días con esa cantidad en países como Italia, España, Grecia… Incluso en Francia, por supuesto.

—Decidiré eso por mí misma. Hasta luego. —Hasta luego, y no vacile en pedir cualquier cosa que necesite.

Sentha Flynn salió del saloncito tétrico, y durante unos segundos reinó el silencio, hasta que «Siberia» dirigió su perverso ojo hacia Ballarini y Toscani.

—Creo que será conveniente que vayáis ya a buscar el helicóptero. Decidle a Hermann que de ningún modo tiene que llegar antes del amanecer, pero tampoco a una hora en la que ese helicóptero sea visto por demasiadas personas tomando tierra en esta villa. Luego aseguraos de que el camuflaje queda bien colocado, para que no pueda ser visto ocasionalmente por alguien desde el aire.

Los dos hombres asintieron, se pusieron en pie, y fueron hacia la puerta. Ballarini la abrió, se dispuso a salir pero, de pronto, se volvió.

—Hay algo que quisiéramos saber, «Siberia».

—¿Quiénes queréis saber qué cosa? —replico secamente «Siberia».

—Nosotros… Bueno, todos los que estamos trabajando para usted hace tiempo.

—Ya. Bien: ¿qué queréis saber?

—Bueno… Hasta ahora, yo creo que hemos realizado bien los trabajos que usted nos ha ordenado, ¿no es así?

—Desde luego. Salvo el pequeño tropiezo de Salvatore y Enrico con Baby, naturalmente. Pero no puedo culparlos demasiado, pues sé muy bien que esa mujer es la mejor espía del mundo…

—¿Qué piensa hacer con ella?

—No sé aún… Vale cinco millones de dólares. Los rusos los pagarían encantados y estarían muy agradecidos a mi servicio… Sin embargo, estoy llegando a la conclusión de que esa mujer vale su peso en… uranio. Debidamente tratada, no dudo que me proporcionaría una serie de informaciones tales sobre todo el espionaje mundial que, a la larga, yo obtendría mucho más de cinco millones, siguiendo mi sistema, como hasta ahora. Aún no sé lo que haré con ella. ¿Era eso lo que queríais saber?

—No, no… Lo que quisiéramos saber es dónde piensa usted lanzar esa bomba bacteriológica.

—Ah. Sí, es natural… Pero no pienso decíroslo.

—¿Por qué no? Llevamos tiempo trabajando con usted, hemos…

—¿No he pagado siempre espléndidamente vuestro trabajo?

—Sí, pero…

—Amadeo: este es un asunto exclusivamente personal Vosotros no vais a tener nada que ver con esa bomba bacteriológica, de modo que olvidar el asunto. Eso es todo.

Mohínos, los dos hombres abandonaron el saloncito, convencidos de que no obtendrían nada más de su jefe, el hombre llamado «Siberia» o, según con quien trataba, Karl Kronen, «Spy», «París», Jacques, «Zíngaro»…

Y una vez solo, el hombre de los mil nombres y de una sola cara horrible, se puso en pie y fue lentamente hacia la pared. Dio la vuelta a un sombrío cuadro de paisajes nevados y se quedó mirando el mapa que había al otro lado. Solamente se veía, muy ampliada, la isla de Sicilia, y la punta de la bota que formaba el Sur de la península italiana.

Tomó un sólido abrecartas de marfil que había sobre la librería y, siempre lentamente, dirigió la punta hacia el mapa. La punta tocó

la indicación de Reggio Calabria, Messina y luego, un poco más abajo, la pequeña localidad llamada Pontemare, en la costa de la isla.

—Aquí —jadeó, pinchando el nombre de Pontemare—. Aquí va a ser… ¡Aquí, aquí, AQUÍ, AQUÍ, AQUÍ…!

Por unos segundos, pareció volverse loco, clavando una y otra vez el abrecartas en el mapa, perforando el cuadro, acuchillando el nombre de Pontemare y sus alrededores, mientras gritaba cada vez con más fuerza, congestionado el rostro horriblemente, hasta que al fin la rabia ahogó su voz, se atragantó, se estremeció… Se quedó temblando delante del cuadro, como presa de locura. Por fin, se calmó bruscamente, dejó el abrecartas, dio la vuelta de nuevo al perforado cuadro y se sentó quedando sombrío, taciturno, pensativo.

* * *

Todavía durante un par de minutos, pese al dolor de cuello que sentía debido a la forzada postura, Baby estuvo con la oreja pegada a la trampilla, hasta convencerse de que, por el momento, no había nada más que oír.

Ni nada que hacer. Aun en el supuesto de que tuviera la suficiente fuerza para alzar la trampilla con sus hombros, saldría al salón donde solía estar «Siberia», con lo que lo máximo que podría obtener sería, sin duda alguna, un balazo.

Se volvió dispuesta a regresar escaleras abajo, aunque sólo fuese para estar en una postura cómoda durante unos minutos, mientras tomaba alguna decisión. Su mano derecha tropezó con algo que sobresalía en la pared, muy cerca de la trampilla. Cuidadosamente estuvo palpando aquella pequeña protuberancia y, de pronto, la apretó.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una exclamación cuando aquel lugar se inundó de luz. Cerró los ojos, deslumbrada, y los fue abriendo lentamente, controlando el choque de la luz en sus pupilas. En pocos segundos, la visión era normal. Acabó de bajar el tramo de peldaños de piedra y se encontró en una sala no demasiado espaciosa de paredes de ladrillos. A su izquierda, una pared lisa, tanteando la cual había llegado hasta allí después de

caer desde la jaula, cuyo círculo de abertura se veía claramente en el techo.

A su derecha, había tres puertas.

Fue a la primera, puso la mano en el pomo, lo giró, empujó… y rebotó fuertemente, pues contra lo que esperaba, o más bien deseaba, la puerta estaba cerrada con llave, evidentemente. Vaciló, fue a la segunda puerta, empujó con menos confianza… y la puerta se abrió.

Cruzó el umbral, tanteó a ambos lados, encontró otro interruptor y dio la luz.

Era un simple cuarto, cuadrado, de paredes también de ladrillo y enfrente de la puerta, al fondo…, un horno. Sí, parecía un horno. Tenía que ser un horno, vamos, pensó. Fue allí, tocó la sólida puerta de metal y la encontró fría. La abrió y metió la cabeza dentro. Exactamente: un horno, no demasiado grande, de buen material refractario que funcionaba seguramente a gasoil. Pero, ¿qué hacía allí un horno? A su izquierda se había encendido una luz al abrir la puerta y, gracias a ella, pudo ver aquel molde metálico. Lo atrajo y se quedó mirándolo con el ceño fruncido. Era un bloque para sostener metal fundido y el molde parecía dispuesto para producir barras metálicas que…

—La jaula —susurró Brigitte—. ¡Ha construido él mismo la jaula, aquí abajo! ¿Por qué? Pero…, ¿y el baño de oro? ¿Cómo ha podido…?

De pronto, abrió muchos los ojos, en una expresión de incredulidad. ¿Podía ser cierto?

Cerró el horno, apagó la luz, salió de allí y fue a la tercera puerta. Probó el pomo, se congratuló que tampoco aquella puerta estuviese cerrada y la empujó. Encontró también el interruptor, encendió la luz y entró.

Ojalá nunca lo hubiera hecho.

Capítulo VIII

Había cuatro hombres.

Es decir, lo que quedaba de cuatro hombres.

Tres de ellos colgaban inertes, suspendidos por las muñecas de las argollas que pendían con sólidas cadenas de la pared. El cuarto, el más cercano a la puerta, todavía parecía tener fuerzas para sostenerse en pie, con lo que evitaba que las argollas se clavasen en sus muñecas, como les sucedía a los otros. Aunque ya poco importaba el pequeño dolor comparativo que pudieran producirles las argollas en las muñecas, teniendo en cuenta cómo tenían los cuerpos.

—Dios mío —gimió Brigitte, pálida, desencajado el rostro—. ¿Qué es esto?

El hombre que todavía se sostenía en pie alzó la cabeza al oír la voz. Lo hizo muy despacio, débilmente. Sus labios se movieron, pero no brotó sonido alguno de su boca. Ni había expresión alguna en sus claros ojos, que Brigitte contemplaba aterrada. Se acercó más y pasó la mano por delante de los ojos del hombre, sin que éste reaccionase en ningún sentido. Seguía moviendo los labios, en silencio, mientras la aterrada espía se resistía todavía a admitir que aquel hombre no veía. Aquel hombre cuyo rostro, pese a las deformaciones por las torraras sufridas, podía ser el de…

—¿Simón? —Tembló la voz de Baby—. ¿Simón-Lausana?

El hombre pareció recibir una inesperada dosis de energías. Se enderezó un poco más, sus párpados se agitaron con fuerza, su ronca voz llegó a ser audible:

—A… a… gua…

Desesperada, Brigitte miró a su alrededor, pero sabía que allí no había agua.

—Pronto tendrá agua —musitó—. Se lo prometo, Simón… ¿Es usted? ¿Es usted Simón-Lausana?

La cabeza del hombre se movió afirmativamente, y de pronto le quedó colgando flojamente sobre el pecho. Al parecer, el «terrible» esfuerzo de pedir agua había sido demasiado para él. Durante unos segundos, la espía internacional estuvo contemplando lo que quedaba de aquel hombre cuyas fotografías le había entregado Pitzer antes de despedirse en Kennedy Airport. Lo que quedaba de aquel hombre, cuyos ciegos ojos, al parecer, habían sufrido el mismo tratamiento que los jilgueros y canarios.

Examinó a los otros tres, que no experimentaron la menor reacción ni siquiera cuando les alzó la cabeza, alzó sus párpados y miró sus ojos carentes de toda expresión de vida. ¿Más Simones? No… El último agente de la CIA, aparte del que estaba allí, había desaparecido unos ocho meses atrás. Y aquel hombre no podía llevar allí ocho meses. A juzgar por la longitud de su barba, deba llevar, como máximo, tres o cuatro semanas…, calculó al examinar al último.

Todavía quedaban libres dos parejas de argollas pendientes de la pared; es decir, la celda tenía cabida para dos «invitados» más.

Jaula de oro para aves exóticas: espías.

Pero no de la CIA los cuatro, desde luego.

Estudió detenidamente las argollas metálicas que sujetaban a los cuatro hombres, convenciéndose de que de ninguna manera conseguiría abrirla con sus propias manos. Eran demasiado grandes y gruesas, sólidas. Si hubiera tenido allí su maletín sin duda alguna que habría conseguido abrirlas, pero era absurdo tan sólo intentar hacerlo con las manos.

Se quedó mirando a Simón-Lausana, que seguía inmerso en su semiinconsciencia, torturado, ciego… Aunque llevaba allí pocos días, y quizás se pudiese hacer algo por sus ojos…

Eso en el supuesto de que consiguiesen salir de allí, naturalmente, cosa que no parecía muy fácil. El único camino posible era la trampilla, pero alzarla tampoco parecía fácil. Seguramente haría falta mucha fuerza de la que ella disponía para poder reventar el cierre empujando hacia arriba con los hombros.

Salió de la celda, dispuesta a volver bajo la trampilla. Tenía que intentarlo, fuese como fuese. Ocurriese lo que ocurriese iba a estar empujando allí basta que la levantase… o se le rompiese la espalda.

Estaba llegando a los escalones cuando, de pronto, el silencio del

sótano quedó roto. Se oyó un leve chasquido y, en seguida, el revoloteo de las aves, exóticas, chillando de nuevo sobresaltadas. Un raudal de luz entró por el techo, y la base de la circular jaula quedó abierta, perpendicular al suelo, como una moneda suspendida de canto.

—¡Baby! —Oyó la voz de «Siberia», o Kronen, como le llamaba aquella doctora—. ¡Es inútil todo lo que intente! ¡Jamás podrá salir de ahí si yo no lo permito!

Un gesto duro, frío, apareció en el más bello rostro del mundo. Sin el menor temor, caminó hasta quedar debajo de la circular plataforma suspendida de canto. Los macetones, adheridos a ella, sostenían los árboles horizontalmente ahora, llenos de pájaros… de aves al parecer menos exóticas que ella, que los cuatro hombres que acababa de ver horriblemente torturados.

Arriba, por entre los dorados barrotes, pudo ver el siniestro rostro de «Siberia» y, a su lado, los infinitamente más hermosos, pero asustados, de Ballarini y Toscani, cada uno con una pistola en la mano.

—Baje, «Siberia» —deslizó fríamente Brigitte—. Si tiene usted agallas, baje a buscarme usted solo.

«Siberia» se echó a reír agudamente, de un modo tan chirriante y desagradable que las aves exóticas, ya bastante calmadas, comenzaron de nuevo a revolotear y a chillar.

—¡Pierde el tiempo utilizando esas tonterías conmigo! —replicó —. ¡Y ahora, si no quiere morir, será mejor que se quede donde está!

—¿Va a bajar?

—Voy a bajar, pero con Francesco. Si usted se ha movido de donde está ahora cuando abramos la entrada, la mataremos inmediatamente. Piénselo bien, Baby… Amadeo, quédate aquí vigilando.

Los rostros de Francesco Toscani y de «Siberia» desaparecieron. Brigitte quedó inmóvil. Ciertamente, ¿qué iba a ganar si iba a recibirlos al pie de los escalones, dispuesta a pelear? Todo lo que podía conseguir era unos cuantos balazos, con lo cual habría terminado su vida y todas las posibilidades de ayudar a aquellos cuatro hombres.

Desde arriba, todavía como estupefacto, Ballarini la miraba

fijamente. Las aves habían vuelto a calmarse, posándose en los horizontales árboles. Oyó los pasos, se volvió y vio a Toscani y a «Siberia» saliendo del hueco donde estaba la escalera, muy atentos. «Siberia» también llevaba una pistola ahora en su mano izquierda. Se quedaron mirándola, apuntándola, y «Siberia» gritó:

—¡Baja, Amadeo!

Pocos segundos después, también Ballarini aparecía en el sótano. «Siberia» señaló a Brigitte con su pistola.

—Ponla junto a los otros, y asegúrate de que queda bien encadenada. No… No vayas con la pistola, dámela. Si ella consiguiese quitártela todo se complicaría.

Era muy listo… Mucho. Porque, efectivamente, Baby ya había hecho aquel cálculo de probabilidades: podía desembarazarse de Ballarini en menos de un segundo y apoderarse de la pistola… Pero si golpeaba ahora a Ballarini, seguiría sin disponer de armas, mientras estaba bajo la línea de tiro de dos pistolas.

Ballarini señaló la entrada de la celda, tras abrir la puerta, y se apartó. Ella entró, Ballarini lo hizo detrás, y en la puerta, siempre muy atentos, «Siberia» y Toscani. Ballarini señaló una de las parejas de argollas libres y Brigitte se acercó. No opuso la menor resistencia cuando el italiano le colocó las grandes y sólidas argollas, cerrándolas con seco chasquido en sus muñecas. Quedó de espaldas a la pared con los brazos en alto, encadenada.

—Salid —susurró entonces «Siberia»—. Cerrad la jaula, pero dejadme abierta la trampilla.

Los dos hombres salieron en silencio. «Siberia» estuvo casi un minuto mirando fijamente a la espía, antes de acercarse a ella, tras dejar la pistola en el suelo en el umbral de la puerta. Quedó ante Brigitte contemplándola con una fijeza obsesiva, mirando las hermosas formas que se ponían de relieve debido a la postura. Adelantó su mano no mutilada, y acarició a Baby lentamente.

—Es usted muy hermosa —susurró—. La mujer más hermosa que he conocido… Pero también la más indiscreta y peligrosa.

—Usted simplemente —replicó Brigitte, con indiferencia— es el hombre más monstruoso que yo he conocido.

—Sí —rió «Siberia»—. Comprendo que con esta cara…

—No me refería a su cara al llamarle monstruo. Eso ya no tiene importancia. Por hermoso que fuese usted por fuera, seguiría siendo

un monstruo por dentro.

—Entiendo. Sí, quizá tenga razón, pero si usted supiese la verdad de todo esto…

—Ya sé la verdad de todo esto.

—No diga tonterías. Usted no sabe nada de nada.

—Sé lo suficiente.

—Yo insisto en que no. Pero podemos discutir eso… Tenemos tiempo, y no se me ocurre mejor cosa que charlar con usted mientras espero que…

—¿Que la doctora Flynn termine su bomba bacteriológica"?

Hubo un tic nervioso en los párpados de «Siberia».

—Ah… ¿Lo sabe? ¿Cómo es posible eso?

—Les oí hablar. He estado debajo de la trampilla que comunica esta… jaula con su… despacho.

—Entiendo… Bien, no sólo es usted una mujer tan excepcional que no se mata al caer desde la jaula al sótano, sino que su oído, indudablemente, es portentoso. Dígame: ¿sabe algo más?

—Todo.

—Absurdo —rió «Siberia»—. ¡Absurdo!

Brigitte sonrió despectivamente y desvió la mirada como quien se siente asqueado.

—Déjeme en paz, «Siberia» —musitó.

—¿Por qué he de hacerlo? Usted es… la más exótica y hermosa de todas las aves que he tenido jamás a mi disposición: tengo derecho a disfrutar de su presencia…

—Le aseguro que no cantaré, aunque me queme los ojos.

—Es usted ingeniosa… Es una mujer sorprendente, magnífica… ¿Le sorprendería saber que siento… algo especial hacia usted?

Brigitte le miró, divertida. De pronto, se echó a reír, provocando en el rostro de «Siberia» una crispación, una contorsión horrible.

—No le conviene esa actitud, Baby —jadeó.

—¿No? ¿Qué actitud me conviene, entonces? ¿Simular que, de pronto, yo también me he enamorado de usted, para conseguir la vida? Vamos, vamos, «Siberia», ese truco no puedo utilizarlo con usted; no creería jamás que una mujer pudiera sentir… algo especial hacia usted, correspondiendo a sus… sentimientos. Solamente voy a decirle una cosa más: si realmente quiere hacer negocio conmigo, lo mejor será que me venda a los rusos.

Confórmese con esos cinco millones, porque de mí no obtendrá ninguna información mundial… que pueda vender luego a otros servicios secretos.

—Ah… Entonces…, ¿es cierto? ¿Usted ha comprendido…?

—Ya le he dicho que *todo*. Empezando por su jaula de oro… que es de oro auténtico, no de hierro con un baño de oro. Cada barrote de la jaula que tenemos encima, vale una pequeña fortuna. La jaula entera, como usted dijo, unos cinco millones de dólares. Es… el fruto de su trabajo durante todos estos años, ¿no es así?

—Siga… ¿Qué más? ¿Cuál ha sido mi trabajo durante estos años?

—Usted consiguió una información inicial de espionaje. Entonces, la vendió a algún servicio secreto. Ese servicio secreto envió a un hombre a comprarle la información, poniéndose en contacto con Toscani, o cualquier otro de sus hombres, en cualquier punto de Europa. Una vez realizada la venta, usted siguió al agente secreto enviado para la compra, supo con quién entraba en contacto, y entonces, se dedicó a vigilar a ese nuevo agente recién conocido, o a varios… Pasado un tiempo, usted capturó a ese agente secreto… ruso, por ejemplo, le trajo aquí, le torturó y le obligó a confesar algún pequeño secretillo de la MVD Entonces envió un mensaje a la CIA diciendo que tenía algo para vender. Efectivamente, la CIA le envió un agente, Toscani le vendió la información… y luego usted siguió al agente de la CIA, le vio entrar en contacto con otro u otros, siguió a esos otros y, pasado un tiempo, capturó a un agente de la CIA, le trajo aquí, le torturó hasta conseguir alguna información interesante y entonces la vendió a los rusos o, quizá, a los ingleses o franceses para, siguiendo el mismo método, conocer a espías franceses, ingleses, quizá alemanes, italianos… Así, usted capturaba agentes de una nacionalidad, les arrancaba información y la vendía a otro servicio secreto. Mientras tanto, puesto que al agente enviado a tratar con Toscani nunca le sucedía nada, no se les podía ocurrir sospechar de «Siberia», sin ocurrírseles que ese agente que enviaban era sólo el… pez piloto que señalaba la presencia o personalidad de otros agentes que eran los que caían en su poder.

Y así, durante cuatro años por lo menos, usted ha estado consiguiendo información de unos y vendiéndola a otros… Para la

CIA usted es «Siberia», un enigmático personaje que siempre facilita buena información y que jamás ocasionaba problemas. Para la MVD, por ejemplo, usted quizá utilice el nombre de «América», o algo parecido…

Y así, utilizando un nombre para cada servicio secreto, usted va vendiendo la información que obtiene de otros y va ganando dinero, con el cual ha ido comprando oro que va fundiendo… He visto su horno. De este modo, tiene una hermosa jaula llena de aves exóticas, valorada en cinco millones de dólares. ¿Me he olvidado algún detalle?

«Siberia» tardó en mover la cabeza.

—No —murmuró—. Ni uno solo. Es decir, quizá debería hacer una pequeña aclaración: ¿qué hago con los espías que voy capturando, una vez que no me sirven de nada?

Baby se pasó la lengua por los labios y tragó saliva.

—Los incinera en el horno —musitó.

—Magnífico… ¡Magnífico! Créame, Baby, voy a lamentar mucho desprenderme de la mejor ave exótica que habrá habido en mi jaula. Pero, lamentablemente, para usted todo está llegando al final. Dentro de poco, cuando la venda a los rusos y cobre los cinco millones de dólares me iré de aquí, llevándome mi jaula, desmontada. Sé dónde puedo vender el oro, al fin. Tendré diez millones, habré cumplido el objetivo de mi vida y nunca se volverá a oír hablar de «Siberia», ni de «Spy», ni de Jacques, o «París»…

—¿Esos son los nombres que utiliza?

—En efecto. Como usted bien ha dicho, uno para cada país, ya que si utilizase el mismo para los rusos y los americanos, ambos habrían comprendido que estaba haciendo doble juego…, que va a terminar pronto. Ya no necesito más dinero, pero, sobre todo, finalmente, he tomado una decisión que tranquilizará mi odio, y he encontrado el modo de conseguirlo…

—¿Lanzar una bomba bacteriológica?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Por qué? ¿Qué efectos causará esa bomba?

—Es un arma secreta inglesa que, por supuesto, ellos no utilizarán jamás. Una de esas armas que se inventan o descubren como por casualidad, y que sus inventores, aterrados, guardan en lo más profundo de sus *most secrets*…

—Pero siempre hay un traidor, un ser sin conciencia, que puede estropearlo todo, como la doctora Flynn, ¿verdad? Por simple dinero, esa horrible mujer está contribuyendo a algo horrible… ¿Se da cuenta de lo que va a hacer, «Siberia»?

—Me doy perfecta cuenta —jadeó él—. ¿Quiere conocer los efectos de esa bomba bacteriológica? Pues escúchelos: a los diez segundos de haber explotado sobre la superficie terrestre, el gas se dispersa ocupando una zona circular de cuatro o cinco kilómetros de diámetro. Nadie nota nada durante los cinco primeros minutos… Transcurridos éstos, la piel comienza a agrietarse, luego se va quemando lentamente, produciendo unas úlceras que se infectan en el acto y que provocan una especie de… lepra artificial de acción acelerada. Durante quince días, sin que nada ni nadie pueda evitarlo, los afectados por ese gas van muriendo lentamente, infectados, viendo cómo su carne va cayendo a pedazos, corrompida día a día… Si alguien es especialmente fuerte puede vivir veinte días en lugar de quince. Son cinco das más de horribles sufrimientos, eso es todo… ¿Está satisfecha su curiosidad?

Brigitte estaba tan pálida que parecía un cadáver.

—«Siberia» —tartamudeó—, «Siberia», desista de lanzar esa bomba, y yo, y… yo haré lo que… lo que usted quiera…

—No.

—Escuche…

—¡No! ¡No! ¡Quiero que esa bomba explote! Y luego…, dentro de algún tiempo, cuando el cirujano que me está esperando haya conseguido arreglar aceptablemente mi rostro, pasaré por ese lugar y veré las cenizas de lo que quede de él, de sus moradores…

—«Siberia»… «Siberia», nadie podrá arreglarle esas facciones, no podrá jamás convivir con nadie, no podrá…

—Está equivocada: no estoy tan mal como parece. Vea.

Para auténtico asombro de la más versátil espía de todos los tiempos, capaz de disfrazarse de mil maneras, «Siberia» se quitó, en primer lugar, el ojo de cristal que no era completo, sino sólo la mitad, hueca… Una especie de media esfera que había estado ocultando su otro ojo, perfectamente sano y normal. Luego, clavó los dedos en su frente, dio un tirón hacia atrás y mostró un cráneo normal, completamente rapado y sólo surcado por algunas cicatrices; también con las uñas, desprendió de sus mejillas y

barbilla varias cicatrices más… hasta que, finalmente, salvo la fealdad de los labios y la rapada cabeza, su rostro podía considerarse normal.

—¿Se da cuenta? —rió, estremecido, satisfecho, captando el auténtico asombro de Brigitte—. Por eso puedo ir por Europa siguiendo agentes secretos. Sólo tengo que ponerme una peluca y unos grandes bigotes que oculten mi labio superior… Eso es todo, y parezco… un amable y simpático anciano en absoluto desagradable. Ahora, cuando todo haya terminado, sólo tengo que dejarme crecer el cabello, acudir a un cirujano para que arregle en lo posible mi labio y alguna pequeña cicatriz, y seré… un hombre normal. ¡Pero no se lo debo a ellos, no…!

—¿A quiénes? ¿A quiénes, «Siberia»?

—¡A ellos! ¡A los malditos italianos que me vendieron a los agentes secretos americanos durante la guerra!

—¿La Segunda Mundial?

—Sí… ¡Sí! Yo era un agente de la «Abwher», y cuando los americanos invadieron Sicilia tuvo que escapar. Conseguí llegar a… a un lugar y me escondí porque venían tras de mí, estaba cerrado el paso del Estrecho de Messina… Tenía que esperar, escondido… ¡Y entonces, aquella gente, todo aquel pueblo, me vendió a los agentes secretos americanos! ¡Todo un pueblo vendió al *maldito alemán*, entregándolo a los americanos! ¿Sabe qué pasó luego? Fui interrogado, interrogado, interrogado… Me llevaron de un lado a otro, me golpearon, me azotaron, me… me hicieron todo lo que quisieron… Y un día, sin saber cómo, me encontré en manos de los agentes secretos rusos, y sin saber cómo, me encontré con que me habían destrozado tres dedos de esta mano, y sin saber cómo, me encontré en Siberia, donde permanecí ¡dieciocho años! Usted… no puede imaginarse lo que es eso… No… No puede imaginárselo… Pero yo no necesito imaginar nada: *sé lo que es*. Por eso, cuando conseguí escapar, cuando pude llegar a Europa y conseguí algo de dinero, empecé a tramar mi plan… ¿Quiénes habían arruinado mi juventud? Se lo diré: fueron los espías y la gente de un pueblo. Pues bien, durante más de cinco años, yo he estado matando y quemando espías, y ahora… sólo me falta aniquilar ese pueblo… ¿Lo entiende? ¿Lo entiende? Y usted… usted está loca si espera convencerme con cualquier clase de oferta para que abandone mi venganza… la parte

final de mi venganza, la más hermosa… ¡Imagínese! ¡Quince o veinte días de horribles sufrimientos para aquel pueblo que me vendió, para aquellos hombres y mujeres, para sus hijos, sus nietos…! ¡No quedará nada de ellos, nada…! ¡Sólo carne podrida, que irá cayendo a pedazos…!

Se calló, de pronto, y quedó temblando violentamente, visibles ahora, como dos diminutos pozos de negro odio sus dos ojos, que parecían menos horribles sin aquellas cicatrices falsas que los habían estado bordeando por la cabeza y las mejillas… De pronto, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió, bruscamente, y miró a Brigitte.

—¿Están contestadas sus preguntas ahora? —jadeó—. Quería usted saber cómo me metí en estos asuntos, de dónde procedo, cuál es el objetivo de mi vida… ¿Lo sabe ya?

Salió de la celda y, segundos después, hasta allí llegó el resonante impacto de la trampilla cerrada rabiosamente. Hubo algunos segundos de silencio sepulcral, hasta que Brigitte miró vivamente a Simón-Lausana al oír su ronca y débil voz:

—Está… está loco…

—¡Simón! ¿Cómo está? ¿Puede verme?

—Y usted… usted también está… loca por… por meterse… en esto…

—¿Puede verme, Simón? ¿Todavía ve algo…?

—No. No veo nada…

Todavía murmuró algo más que Brigitte no pudo entender; luego pareció hundirse de nuevo en una semiinconsciencia, en una insensibilidad hacia todo que, a fin de cuentas, era un descanso.

Baby miró a los otros hombres. ¿De qué servicios secretos serían? Por desgracia para ellos, estaban mucho peor que Simón y, sin duda alguna, definitivamente ciegos. ¿Rusos? ¿Ingleses? ¿Franceses? De todos modos, no importaba… Eran espías. Eran… aves exóticas en una jaula de oro que, al mismo tiempo sería también su tumba, el lugar donde serían convertidos, finalmente, en cenizas.

Sólo era cuestión de tiempo.

Capítulo IX

El tiempo había pasado muy lentamente para «Siberia», pero, por fin, hacia las nueve de la mañana, la puerta del tétrico saloncito se abrió y la doctora Flynn entró, caminando despacio, fatigada la expresión, pesados los gestos.

Llegó a un sillón y se dejó caer en él, mirando sorprendida aquel rostro que «Siberia» ya no se había molestado en caracterizar de nuevo.

—¿Qué le ha pasado a su cara…?

—No le importa. ¿Qué hace aquí? Su trabajo…

—Está terminado.

—¿Terminado? —«Siberia» se puso en pie de un salto—. ¿Está ya lista esa bomba?

—Sí.

«Siberia» dio media vuelta y salió a toda prisa, ya sin cojear. Las mentiras para engañar a todos parecíanle innecesarias cuando estaba a punto de cumplir todo lo que se había propuesto. Salió de la casa, miró hacia la playa y llamó:

—¡Hermann!

Un hombre saltó de unas rocas, echó a correr hacia la casa y a los pocos segundos se detenía ante «Siberia», jadeando.

—¿Ya? —exclamó.

—¡Sí! ¡Prepara el helicóptero! Que los demás te ayuden a trasladar la bomba… Ya sabes todo, no necesitas más instrucciones. Después de lanzarla, vas a esperarme al lugar convenido.

—De acuerdo, Karl.

Entró en la casa precipitadamente, cruzándose con Sentha Flynn que se plantó ante «Siberia», hosco el gesto.

—Quiero marcharme —dijo—. Págueme y que uno de sus hombres me lleve a Nápoles.

—Tendrá que esperar un poco, doctora. Mis hombres estarán

ocupados durante un rato. Tranquilícese: a mediodía estará usted en Nápoles, con su dinero. Pero ahora le ruego que no moleste.

Entró en la casa y Sentha Flynn se quedó fuera, en el porche, mohína. Tardaron muy poco en salir, transportando la «bomba», que era un gran recipiente de cristal opaco, cuyo peso parecía considerable; debía medir algo menos de medio metro de largo y quince centímetros de diámetro.

—¡Con cuidado! —chilló «Siberia»—. ¡Si se rompe aquí, seremos nosotros los que sufriremos sus efectos! ¡Con mucho cuidado!

Y con gran cuidado, ciertamente, la bomba bacteriológica improvisada en recipiente de cristal, fue transportada al helicóptero. Hermann se quedó allí y los demás volvieron al porche, donde permanecía con gesto hostil la científica inglesa.

—¿Le importaría ayudarme, doctora? —pidió «Siberia», amablemente—. Tengo que desmontar la jaula.

—¿Para qué?

—Es de oro —sonrió el ahora menos siniestro personaje, al menos en su aspecto físico—. Comprenderá que no voy a dejarme aquí cinco millones de dólares.

—¡Cinco millones de dólares en oro! ¡Y me va a pagar doscientos mil miserables dólares por…!

—Es el doble del precio convenido. ¿Vamos a volver a discutir sobre eso?

—Quiero una de esas barras de oro.

—Está bien —gruñó «Siberia»—. Repartiré algunos de los barrotes antes de marcharme de aquí. Pero antes hay que desmontar la jaula, y todos debemos trabajar. Vosotros, ya sabéis cómo se hace, Amadeo…

—Sí. Es muy fácil. En pocos minutos…

—Serán muchos si los perdemos hablando. Usted, doctora, entrará en la jaula con…

—¿Por qué tengo que entrar yo ahí? Esos asquerosos animales siempre están expeliendo excrementos, y…

—Hay que estar dentro para desmontarla —explicó amablemente Toscani—. Y él tiene razón: cuanto antes empecemos, antes terminaremos. Vamos allá.

Fueron a la gran sala donde estaba la jaula, «Siberia» apretó el botón que la abría y entraron Sentha Flynn, Toscani, Ballarini,

Salvatore y Enrico, quedando fuera «Siberia» y su criado de confianza, Aleko. En el interior de la jaula, las aves exóticas, excitadas, saltaban de un lado a otro, revoloteaban, chillaban…, mientras los jilgueros y los canarios, ciegos para tener un dulce canto, permanecían en sus ramas, encogidos, temblorosos…

Fuera de la jaula, «Siberia» y Aleko cambiaron una mirada especial. El primero apretó el botón, cerrando la puerta de la jaula y ambos salieron de la sala. Amadeo Ballarini fue el único que se dio cuenta. Su ceño se frunció, se acercó a la fina malla de oro, y cuándo abría la boca para llamar a «Siberia», en la puerta aparecieron Hermann y Aleko, cada uno con una metralleta en las manos.

Amadeo Ballarini palideció, abrió aún más la boca…

Y así murió.

Cuando Hermann y Aleko terminaron de disparar, ningún ser humano quedaba vivo dentro de la jaula, y todo estaba lleno de plumas de colores, arrancadas a algunas aves exóticas entre las cuales había producido abundante mortandad…

Detrás de los dos fríos asesinos, «Siberia» lanzó una horrible maldición antes de aullar:

—¡Italianos! ¡Malditos! ¡Malditos todos! ¡Eso es lo único que os merecéis de mí! Y esa perra inglesa que quería…

—Será mejor que terminemos cuanto antes —dijo Hermann—. No vale la pena encolerizarse ahora, Karl. ¿Para qué, si ya has conseguido todo lo que querías?

—Sí… Tienes razón… Todo está conseguido —fue al tablero de mando, apretó un botón y la circular plataforma describió aquella veloz vuelta sobre su eje diametral, dejando caer al sótano los cadáveres de personas y aves para volver a ocupar su posición normal—. Ya puedes irte, Hermann.

—Hasta la vista —sonrió éste.

Poco después, desde el ventanal de la sala, «Siberia» y Aleko veían elevarse el helicóptero, que rápidamente emprendió la ruta del Sur, cargado con la estremecedora bomba bacteriológica.

—Bien —musitó «Siberia»—. Habrá que ponerse en contacto con los rusos, para venderles a Baby. Pero como no podemos dejarla aquí hasta el momento de la venta, la tendremos que llevar en el yate, con el oro.

—¿Quiere que me ponga en contacto con los rusos, por la radio?

—No… Todavía no. No tengo prisa en desprenderme de Baby. Es tan hermosa… Ve abajo y llama al yate. Diles que tendremos la carga esperando en la playa esta noche. Que pasen a recogerme apenas haya oscurecido… Ya tendremos tiempo de hacer contacto con los rusos… Los malditos rusos, que van a pagarme cinco millones de dólares a cambio de una maldita norteamericana…

—Ha salido todo muy bien —sonrió Aleko—. Voy abajo a llamar al yate. Si prefiere que sea yo el que se quede aquí desmontando la jaula…

—No. Ten cuidado al entrar en el sótano: si alguno de los que han caído ahora aún no estuviese muerto, podría disparar contra ti.

Aleko miró vivamente a «Siberia» y frunció el ceño.

—Entiendo —masculló.

Se alejó algo irritado pero, a fin de cuentas, «Siberia» era el jefe, quien pagaba. ¿Por qué arriesgarse él a bajar cuando había alguna posibilidad de que quedase alguien con vida y, puesto que tenían armas, pudiera dispararle?

Mohíno, fue al salón tétrico, alzó la trampilla, situada en un rincón, y se inclinó para apretar el interruptor, encendiendo la luz. ¿Cómo debía estar aquella mujer, tantas horas a oscuras, acompañada de cuatro hombres ciegos, prácticamente muertos…? Con toda seguridad, sus nervios no debían estar muy firmes…

La olvidó rápidamente antes de llegar al último escalón. Se asomó cautelosamente, pistola por delante, y vio al final del sótano los cadáveres de personas y aves amontonados. No parecía que hubiera el menor peligro y un par de minutos después, con todas las precauciones, se convencía de que así era.

Sonriendo entonces, fue hacia la puerta de la celda, la abrió, dio la luz y entró.

«Aquella mujer» le miró fijamente, entornados los ojos, protegiéndolos de la recién encendida luz. Pero, aunque sólo veía un par de azules destellos, Aleko comprendió en el acto que no era aquella la mirada, la expresión de una persona que tiene rotos los nervios, que ha perdido el valor y la esperanza. Y, para completar el asombro de Aleko, éste comprendió que «aquella mujer» había estado intentando soltarse de las argollas metálicas. Todo el cuerpo de «Baby» estaba cubierto de sudor, y especialmente, la cabeza, el

rostro, la garganta, por donde se deslizaba en una abundancia angustiosa. Pero lo que más impresionó definitivamente a Aleko fue la sangre.

La sangre, que en finos chorritos, algunos de ellos ya secos, se deslizaban por el brazo derecho de la espía, desde la muñeca, donde las argollas habían herido la carne, por supuesto debido a los tirones que Baby debía haber dado durante la noche, los finos riachuelos rojizos daban un tono trágico sobre la dorada piel brillante por el sudor.

—No sea tonta —sonrió Aleko—. No va a conseguir romper esas cadenas y, en cambio, se está lastimando sin necesidad… ¿Por qué no espera para sufrir a estar en poder de los rusos?

Hizo un gesto de despedida con la mano, apagó la luz, y salió. Fue a la puerta cerrada, la abrió con la llave y entró; encendió la luz y fue directo a la potente radioemisora que había al fondo, capaz de alcanzar no menos de dos mil millas.

A la derecha del cuarto, en la pared, había barras de oro que parecían oxidadas. Pero como esto era imposible, se podía pensar que aquella pátina oscura podía ser sangre seca. También había agujas largas de acero, un par de látigos. A la izquierda, un fichero metálico, pequeño, colocado sobre una mesa-plataforma construida con ladrillos. Aleko lo miró y encogió los hombros: a él le importaba bien poco lo que «Siberia» hiciese con aquel archivo que había conseguido durante cinco años y pico de seguir a agentes secretos de toda Europa.

Se sentó ante la emisora y procedió a ponerse en contacto con el yate, pasando al jefe de éste las instrucciones del jefe absoluto del grupo, «Siberia».

Terminó, cerró la emisora, se puso en pie, apagó la luz y salió del cuarto.

Sus ojos se desorbitaron por la sorpresa y el espanto al verla allí, delante de él, con la ensangrentada mano derecha alzada medio cerrada rígida como si fuese de metal rojo y sus ojos azules parecidos a trozos de hielo…

Tras la espantada sorpresa llegó la reacción del instinto defensivo y Aleko movió su mano hacia la pistola…

La mano de Baby Montfort bajó entonces, veloz como un rayo, dura como auténtico acero, directa, desde lo alto, al centro de la

cabeza de Aleko. Se oyó el impacto, el seco crujido y Aleko se desplomó, fue fulminado contra el suelo más bien, por el terrorífico golpe, muerto en el acto.

Brigitte se inclinó, le quitó la pistola y se quedó mirándole fríamente.

—Yo no soy tonta —masculló, no estaba intentando *romper* las cadenas, sino *sacando* mi pequeña mano de las argollas, aunque eso me costase dejarme un poco de piel en ellas durante toda la noche.

Dirigió una mirada hacia el montón de cadáveres que había bajo la circunferencia del piso de la jaula de oro, y tragó saliva Aquel monstruo no merecía la menor consideración.

Fue a las escaleras, subió por ellas y apareció en el tétrico saloncito. Lo cruzó rápidamente, salió al vestíbulo y, por la abierta puerta de la sala donde estaba la jaula de oro, vio a «Siberia» dentro de ella, manipulando en los barrotes. Lentamente, pistola en mano, fue allí. Entró sólo un paso y alzó la pistola.

—«Siberia» —llamó suavemente.

El dueño de aves exóticas se volvió velozmente, irguiéndose. También sus ojos se desorbitaron por la sorpresa y el miedo. No daba crédito a lo que veía.

—No —jadeó—. ¡No!

—¿Dónde está mi maletín?

—¡No! ¡No, maldita, no…! ¡NNOOOO…!

Frenéticamente, llevó su mano izquierda hacia la pistola, la empuñó…

Plop, hizo la pistola de Aleko, en la mano de Baby.

«Siberia» lanzó un aullido aún más terrible cuando aquella bala le arrancó la pistola… y dos dedos, enviándolos lejos. Cayó de rodillas, colocándose la mano mutilada, casi como la otra, bajo el sobaco.

—No… No, no…

—Cálmese. No le voy a matar, todavía. ¿Dónde está mi maletín?

—En mi salón. Allí, en la biblioteca, en un cajón…

—Muy bien. Ahora prepárese para dar el salto desde su jaula. Veamos qué le parece… y qué se rompe usted. Por lo menos, una de sus patas de feroz animal, espero.

Se acercó a los botones de mando y colocó un dedo sobre el adecuado para que la circular plataforma girase.

—¡No! —chilló «Siberia»—. ¡Soy un pobre viejo, me mataré, no haga…!

Brigitte apretó el botón y la plataforma giró, siempre velozmente, sobre su eje diametral, gruesa, poderosa… Pero «Siberia» no cayó al sótano, pues con ambos brazos se había agarrado a uno de los pequeños arbolitos de modo que, con las piernas colgando fuera de la plataforma, describió toda la vuelta, chillando, aullando. La plataforma acabó de dar la vuelta, regresó a su posición extática, encajando en el gran aro metálico del borde del piso, incontenible, durísima. Para eso estaba hecha: para girar volviendo luego a su posición en el piso, quedando por fin otra vez en posición horizontal… ocurriese lo que ocurriese. Y ciertamente, el obstáculo de un simple cuerpo humano no podía detener aquel mecanismo.

«Siberia» lanzó un alarido espantoso, que termino bruscamente, tan cortado en seco como su propio cuerpo.

Lívida, Brigitte desvió la cabeza.

—Dios… ¡Dios mío!

Durante unos segundos permaneció allí, angustiada, notando náuseas y escalofríos. Luego, sin atreverse a mirar la mitad de aquel hombre que había quedado en la jaula, abandonó la sala y fue casi tambaleándose hacia la biblioteca de la cual, con manos temblorosas, sacó su maletín y de éste la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos.

—¿Simón? —musitó.

—¡Baby! —Se oyó la voz, o más bien el grito de un hombre—. ¡Por todos los demonios, estábamos decididos ya a ir a esa villa…!

—Les dije que esperasen mi llamada y celebro que hayan obedecido. Pueden venir ahora… ¿Todo va bien?

—Por nuestra parte, sí… Apenas recibí ayer por la tarde su llamada en Nápoles, hice venir de Roma a algunos compañeros, les dije que Baby me había llamado por la radio de bolsillo, que necesitaba a varios hombres esperando instrucciones cerca de esa villa de Sorrento cuya ubicación me indicó usted, y… ¡estábamos ya desesperados, pensando que…!

—Cuando yo digo que esperen, es para que esperen, Simón. De todos modos, esta vez ha podido costarme caro. ¿Cuánto van a tardar?

—Dos minutos… ¡Si estamos aquí mismo, viendo la villa!

—Les espero, Simón, un momento: ¿vieron un helicóptero que despegó de esta villa?

—¡Claro! Pero como usted nos dijo que no interviniésemos de ninguna manera a menos que…

—Sí, sí, sí, ya sé todo eso… ¿Cómo era ese helicóptero?

—Pues… Bueno, de color azul claro… Tenía un par de franjas blancas, muy finas, a lo largo de todo el fuselaje…

—Me basta. Vengan ya a la villa.

Cerro la radio, se puso en pie y se acercó al cuadro que había estado mirando, perforado. Recordó los gritos de furia y odio de «Siberia»: ¡Aquí, aquí, AQUÍ, AQUÍ…! Parpadeó, desvió la mirada y vio el abrecartas de marfil. Luego volvió a mirar, un poco perpleja, el paisaje de nieve. De pronto, se dio cuenta de que la tela rota por las cuchilladas salía, cuando lo lógico sería que penetrase en el cuadro empujada por el abrecartas. Dio la vuelta al cuadro y contempló sombríamente el mapa de Sicilia y la punta Sur de la península itálica, acribillada, agujereada furiosamente: Messina, Reggio di Calabria, Pontemare…

Bajó rápidamente al sótano y, evitando mirar hacia los cadáveres, encima de los cuales debían estar las piernas de «Siberia», entró en el cuarto de la radioemisora. Se sentó, la estudió durante unos segundos y luego comenzó a buscar determinada onda, musitando de cuando en cuando:

—¿*Signore* Tomasini?

Silbidos, ruidos parasitarios, crujidos…

—¿*Signore* Tomasini?

¡Fiiiii…! ¡Fiu-fuiii…!

—¿*Signore* Tomasini? Cambio. ¿*Signore* Tomasini? Cambio…

—¿Brigitte? —Se oyó de pronto claramente una voz de hombre—. Cambio.

La espía internacional suspiró profundamente, casi gritando de alegría.

—Amor, escúchame…

Capítulo X

Simón-Nápoles, aterrado, quedó al fin al corriente de lo sucedido, pero estaba tan incapacitado para hablar como si jamás hubiera tenido lengua.

El agente de la CIA destinado en Italia tragó saliva y, por fin, pudo balbucear:

—¿Qué… qué podemos arreglar nosotros?

—Todo. Es decir, todo lo que tenga arreglo. El archivo de «Siberia» saldrá hacia Estados Unidos con la jaula de oro, desmontada. Las aves exóticas serán regladas al zoo que usted prefiera, los jilgueros y los canarios ciegos deberán enviarlos a la Central, en una jaula… que no es preciso que sea de oro… ¿Qué hay, Simón?

El agente recién aparecido señaló hacia la puerta.

—Ya está la jaula completamente desmontada, Baby.

—Bien. Habrá que llevarla a la playa y esperar allí la llegada de ese yate que, por lo que le oí al tal Aleko, llegará apenas oscurezca. Como ustedes son siete, espero que no tengan grandes dificultades para apoderarse de ese yate. Váyanse con él, llevándose el oro y los jilgueros hasta donde puedan entregarlo todo a quienes lo lleven a Estados Unidos.

—¿Usted no va a quedarse?

—No. A menos que me necesiten para…

—¿Para pegar unos cuantos tiros si esa gente se pone tonta? —sonrió Simón-Roma—. No. Para eso no necesitamos que usted se arriesgue.

—No pretendo evitarme riesgos. Lo que…

—Oh, vamos, no sea quisquillosa. Nadie pensaría eso jamás de usted. Si se va, es porque supongo que tiene algo más importante que hacer.

—Así lo creo yo, Simón: voy a llevar a Simón-Lausana a un

oftalmólogo de Roma, para ver si todavía podemos salvarle la vista.

—Bien... Nadie dudará que eso es más importante que pegar tiros —susurró Simón—. Vaya tranquila. ¿Quiere que alguno de nosotros la acompañe?

—No, no... Cuantos más sean para hacer frente a los del yate, mejor. Bien... Creo que está todo entendido, ¿no es así?

—¿Qué hacemos con los otros agentes...? Según el archivo que usted ha encontrado, hay un ruso, un inglés y un francés... Están muertos. Bueno, prácticamente muertos...

—Prácticamente muerto no es estar *realmente* muerto... Los devolveremos.

—¿Cómo?

—Arréglenselas para avisar al MI5, a la MVD y al *Deuxióme Bureau*: dígales que en esta villa tienen algo para ellos. Pero no vayan a permitirles venir antes que termine lo del yate y ustedes se hayan marchado con todo.

—Sí, está bien. ¿Algo más?

—Creo que no. Atiendan bien a nuestros colegas.

—Descuide —musitó Simón-Nápoles—. Y espero que no sea uno de ellos el que dentro de algún tiempo le meta a usted una bala en la cabeza.

—Yo también lo espero —sonrió Brigitte. Cogió su maletín y salió de la villa. Fue hacia el coche en el cual, en el asiento contiguo al del conductor, estaba Simón-Lausana, afeitado, con algo de agua por fin en su organismo, con minúscula ración alimenticia en su estómago, pues la recuperación tendría que ser forzosamente lenta. Demacrado, palidísimo, el espía volvió sus ojos ciegos, de todos modos, cuando supo que alguien se había sentado junto a él.

—¿Baby? —susurró.

—Sí, Simón.

—Siento no poder verla. Dicen que es tan bonita...

—Me verá, Simón... Dentro de unos días o unas semanas, podrá verme...

Simón-Lausana no contestó, desviando sus ojos hacia el frente. Simón-Nápoles llegó entonces y metió la cabeza por la ventanilla.

—¡Oiga, respecto...!

Se calló bruscamente y se mordió los labios. Brigitte sonrió y al estirarse sus párpados, las lágrimas se desprendieron por fin de sus

ojos.

—¿Sí, Simón?

El espía miró aquellos enormes ojos azules brillantes por las lágrimas, miró a su compañero ciego y, cuando por fin pudo tragar aquella especie de bola de algodón que se había formado en su garganta, tartamudeó:

—Le… le iba a decir que respecto al helicóptero que…

—Olvídelo. ¿Algo más?

—No… No, no…

—Entonces, adiós.

Puso el coche en marcha y se alejó. Simón-Roma llegó junto a Simón-Nápoles.

—¿Qué ha dicho del helicóptero?

—Que lo olvidemos. Oye…, ¡ella estaba llorando!

—¿Baby estaba llorando?

—Sí… ¡Sí, seguro! Me ha sonreído, pero… estaba… llorando…

—Bien… Demonios, a fin de cuentas… es sólo una mujer, ¿no?

—Sí… Claro… Bueno, no sé…

—¿Por qué ha dicho que olvidemos el helicóptero que salió de aquí con esa bomba que…?

—Ni idea. Pero si ella ha dicho que lo olvidemos yo ya lo he olvidado. Por algo será…

* * *

Hermann consultó su reloj y sonrió. En menos de una hora, habría llegado ya a su destino, lanzaría la bomba bacteriológica y luego iría a reunirse con «Siberia», cobraría su parte y…

En la distancia, sobre el refulgente mar azul, bajo el dorado sol, apareció un pequeño punto… Un avión… Tenía que ser un avión, claro.

Muy pocos segundos después, Hermann sabía ya que no era, precisamente, un avión. Era una avioneta. Una estupenda, reluciente, preciosa, velocísima avioneta deportiva, de color rojo claro, casi color guinda… Sí, color guinda. Llegaba desde el Sur. Seguramente, de cualquier aeródromo de Sicilia… O quizá de Malta. Lo que no cabía duda era que su propietario era un ser afortunado. Naturalmente, debía tener mucho dinero, y podía

permitirse caprichos como aquel.

Esto hizo sonreír a Hermann… Dentro de muy poco, él también tendría mucho dinero, y podría comprarse una avioneta tan magnífica como aquella que acababa de pasar, veloz como un rayo, casi peligrosamente cerca del helicóptero.

—Un loco —masculló Hermann—. Uno de esos malditos millonarios que no saben cómo divertirse.

Casi había olvidado ya la avioneta cuando, un par de minutos más tarde, la vio aparecer de nuevo por su derecha volando más alto que él, regresando hacia el Sur. Lo dicho: un *playboy* de esos chiflados que andan sueltos por el mundo…

Tan, tan chiflado debía estar aquel tipo, que ni sabía lo que estaba haciendo. Después de dejarlo atrás, describía una amplia vuelta, casi colocando invertida la avioneta. Luego, volvió a volar hacia él directamente a una velocidad aterradora.

Boquiabierto, aterrado, Hermann llegó a temer el choque en el aire… Pero no. De pronto, le pareció que de alguna parte de aquella avioneta brotaba algo así como un fogonazo.

Una fracción de segundo después desintegrándose en el espacio con el helicóptero y su carga, Hermann había perdido toda oportunidad de tener jamás, jamás, una avioneta como aquella.

En la cual, inexpresivo el viril rostro bronceado de saliente mentón, ojos negrísimos y cabellos color cobre, el «playboy» en cuestión, ponía de nuevo rumbo a Malta, hacia cierto lugar llamado «Villa Tartaruga», donde tenía su residencia.

Verdaderamente, la avioneta deportiva de aquel piloto llamado Número Uno, era una maravilla.

* * *

—Usted nos tiene maravillados —dijo la voz del presidente de la junta convocada precipitadamente—. Y nos preguntamos, Baby, si está hablando en serio.

La más audaz, inteligente y peligrosa espía del mundo entero, asintió con la cabeza.

—Estoy hablando completamente en serio.

—Mire… Hemos enviado a su domicilio los jilgueros y canarios ciegos, hemos devuelto aquellos espías a sus respectivos servicios,

los cuales han enviado muy expresivas gracias para usted, hemos hecho todo lo que ha pedido… Pero… ¡Vamos! ¿De verdad quiere que le entreguemos cinco millones de dólares? La CIA no está para despilfarros, y…

—Esos cinco millones de dólares, caballeros —cortó la espía—, los tienen ustedes ya en Fort Knox, como barras de oro, ¿no es así? Pues bien, ahora tienen que pagármelos a mí en efectivo. Mejor dicho, no a mí: quiero que entreguen un millón doscientos cincuenta mil dólares a cada uno de esos cuatro espías supervivientes del maquiavélico plan de «Siberia».

—¿Que entreguemos un millón y cuarto a un agente ruso, a un agente francés, a un agente inglés…?

—Y a Simón. Sabemos ya que él jamás recuperará la vista, como los otros tres. Caballeros, entiéndanlo bien: les estoy pidiendo que a ninguno de esos cuatro hombres les falte nunca nada… de lo que un espía ciego pueda tener. ¿Van a negarme esto?

Durante unos segundos, el silencio fue total en la sala de reuniones de la Central de la CIA Por fin, se oyó un carraspeo y el presidente, con voz tensa, murmuró:

—Petición concedida. Esta sesión se da por terminada… Salvo que Baby tenga algo más que decir…

—Solamente, gracias —tembló la voz de la divina espía.

Este es el final

Frank Minello dejó de contemplar los jilgueros y los canarios ciegos que, en la magnífica terraza soleada de la señorita Montfort, dentro de una bonita jaula que no era de oro, cantaban alegremente. Por lo menos, había veinte.

—¿Y qué harás con ellos? —musitó.

—Los tendré hasta que vaya encontrando personas capaces de cuidar de ellos con dulzura y bondad, Frankie.

—Bien… Yo… Vaya, no es que me gusten mucho los animales, pero… Vaya, si crees que debes regalarme alguno…

—No. Hay personas que apreciarán mucho más el regalo; pero te lo agradezco de todos modos. No te preocupes… Pondré un anuncio en el *Morning News*, y verás como estos bichitos no me duran aquí ni dos días. Ancianas, niños enfermos, personas de tierno corazón…

—¿Como el tuyo?

—Yo no tengo tierno el corazón —rechazó Brigitte.

—¿No? Bueno, yo te vi llorar cuando recibiste la noticia de que Simón-Lausana no podría recuperar la vista. Dime si eso…

—Tonterías.

—Está bien —Minello le puso una mano en el hombro—. Está bien, nosotros nos comprendemos. Te contaría un chiste, pero, además de que es muy malo, me parece que no tienes ganas de escucharlo.

—No.

—¿Quieres que me vaya?

—Perdóname, Frankie, pero… te lo agradecería.

—Está bien… Pero no debes estar triste, Brigitte… Tú no has tenido la culpa de nada. Por el contrario, has salvado a cuatro hombres… Eso no es poco…

—Están ciegos.

—Es lamentable —tragó saliva Minello—. No quiero recordarte

más esto, así que me voy. No te tortures: ni has tenido culpa alguna, ni has podido hacer más. Y con un millón y pico de dólares, yo creo que esos cuatro hombres…

—Esos cuatro hombres —tembló la voz de Brigitte—. Esos cuatro hombres que jamás volverán a ver, Frankie, tienen dinero, sí, y nada les faltará… Pero… temo… que nunca pierdan la sensación de que son… aves exóticas en una… jaula de oro…

FIN